teatro-mínimo

t Álvaro Jiménez Angulo
Pedro Entrena
Lola Fernández de Sevilla
Jorge García Val
Félix Gómez-Urda
Juan Ríos
Beatriz Velilla

Real Escuela Superior 1831 de Arte Dramático

RESAD Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales

nº dos

RESAD
Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales

Directora: Yolanda Pallín
Consejo Editorial: Yolanda Pallín, Itziar Pascual y Pedro Víllora

© RESAD
© Álvaro Jiménez Angulo
© Pedro Entrena
© Lola Fernández de Sevilla
© Jorge García
© Félix Gómez –Urda
© Juan Ríos
© Beatriz Velilla

Ilustración de la portada de Carmen Abarca

Lugar y año de edición: Madrid, 2013

ISSN 2254–5999

ÍNDICE

La forma de los pequeños secretos, Yolanda Pallín 05

TEXTOS

Manos de profesora, Álvaro Jiménez Angulo 07

El fruto desechado, Pedro Entrena 23

Bicicleta, Lola Fernández de Sevilla 33

Abel, Jorge García Val 45

Encuentro en Montparnasse, Félix Gómez–Urda 61

El aleteo de mil mariposas, Juan Ríos 79

Bicarbonato de sodio y limón, Beatriz Velilla 91

La forma de los pequeños secretos

En *Tesis sobre el cuento*, Ricardo Piglia nos regala algunas de las más fructíferas, y hermosas, reflexiones sobre las formas breves. La primera de estas tesis dice así: «Un cuento siempre cuenta dos historias.»

- Una de ellas emerge porque la otra procura esa emergencia.
- Una presenta el relato y la otra atesora un secreto.
- Una se ve y la otra se adivina.
- Ambas trabajan con lógicas causales diferentes pero no aisladas.
- Ambas tienen sentido en su estrecha interdependencia.
- De su relación conflictiva surge el sentido del texto.

Las formas dramáticas suelen llevar implícita esta idea de la duplicidad esencial a la hora de contar historias. En la práctica llamamos subtexto a la historia oculta que sólo se revela en los indicios que ofrece la superficie de la representación.

El subtexto tiene muchas caras escondidas, como muchos son los temas y los estilos dramáticos. En ocasiones el secreto depende de presiones objetivas: de restricciones sociales o morales. O de prohibiciones primigenias cercanas al tabú. En un viaje que va de lo ancestral a lo humano, la tragedia se esconde entre los pliegues del drama y adopta los múltiples disfraces de la experiencia humana. Toda acción, consciente o no, esconde un pensamiento que no se deja ver.

Una máxima, un saber popular o primitivo, nos intenta preservar de lo obvio: "No mentar la soga en casa del ahorcado". No mencionar las tuercas en casa del verdugo. No decir dónde duele. Darle una tarea al espectador. Pero como el poeta no ofrece una metáfora para que sea solucionada, el dramaturgo no esconde para poner problemas al espectador, sino para que el viaje del desentrañamiento produzca el placer de la auténtica transformación. El sentido no está en el final, si no ha nacido en el durante. No esperemos a los dioses dirigiendo sus máquinas de guerra, o de paz, contra nosotros. Los dioses, si están, tienen cosas mejores que hacer. Los dioses, si vienen, son convocados mediante gestos pequeños.

Eso, apenas comprensible y que sucede dentro, nos recuerda los límites naturales de nuestra inteligencia humana. Nos recuerda que sólo somos aspirantes a héroes leyendo erróneamente los signos. Y, sin embargo, lo sabíamos. Todos lo sabemos.

Teatro mínimo se siente parte de ese «experimento con el marco y la noción de límite» que Piglia enunció para las formas breves. Esperamos que esta segunda entrega, y sus dobles movimientos, siga colocando pequeñas bombas de relojería en la superficie de la realidad. Zarpazos de mariposa como caricias de tigre que puedan preservar la forma de nuestros secretos.

Yolanda Pallín

Manos de profesora

Álvaro Jiménez Angulo

Personajes:

Ella

Militar 1

Militar 2

sabiendo que jamás me he equivocado en nada,
sino en las cosas que yo más quería.
Luis Rosales.

(Viejo cuartel militar. Invierno del año 39.)

Ella.– *(Tras una pausa.)* No.
Militar 2.– Entonces será fusilado tras consejo de guerra.

(Silencio.)

Militar 1.– Tiene usted que hablar con él. ¿Quiere darme su abrigo? Como usted prefiera. Debe hacerle entrar en razón. Convencerle. *(Leve pausa.)* Por favor. Es de su esposo de quien estamos hablando.
Ella.– Sí.
Militar 1.– Demostraremos que la pistola se encasquilló. Pondremos su intachable hoja de servicio encima de la mesa y todo volverá a la normalidad. ¿Qué? ¿Acaso lo dudas? *(A Ella.)* ¿Hablará usted con él?
Ella.– No.
Militar 2.– Quizás usted no lo comprenda…
Militar 1.– No levantes la voz.
Militar 2.– *(Serenándose.)* Señora, ¿sabe a qué me refiero cuando le hablo de un consejo de guerra?
Ella.– Sí.
Militar 2.– Y aun así… Piense en su hogar, su familia, su hijo. ¿No comprende que lo que pretendemos es salvar la honra de su marido? ¿Le parece a usted lógico lo que está ocurriendo?
Ella.– *(Agarrando fuertemente el bolso que tiene entre las manos.)* No.
Militar 1.– *(Tras llenar el tapón de la cantimplora.)* ¿Quiere usted un poco de agua?
Ella.– Muchas gracias.

(Militar 1 ofrece el agua a Ella. Ella sigue sin levantar la vista del suelo. Militar 1 deja el agua en la mesa. Silencio. Sonido lejano de tropa realizando instrucción).

Militar 2.– *(Mirando por la ventana procurando no ser visto desde el exterior.)* ¿Quién es ése? El segundo por la izquierda.
Militar 1.– *(Se acerca a Militar 2 y mira.)* Llegó ayer.
Militar 2.– ¿Nuevo?
Militar 1.– Nuevo.
Militar 2.– ¿Sabe disparar?
Militar 1.– Aprenderá si quiere llegar a afeitarse por primera vez algún día.

Ella.– No tenemos hijos. Mi marido proviene de una familia numerosa, y no he podido darle siquiera un hijo.

Militar 2.– ¿Cómo dice?

Militar 1.– No se encuentra bien. Debemos llevarla a su casa.

Militar 2.– ¿Y quién hablará con Alejandro?

Militar 1.– No levantes la voz. Y cierra la ventana.

Militar 2.– Quién puede hablar ya a media voz. *(A Ella.)* Queremos que usted y Alejandro sean felices por muchos años, que sigan invitándonos las tardes de los domingos a tomar café y dulces en su bonita casa, y que todo vuelva a ser como era antes de comenzar esta guerra.

(El sonido de la instrucción se apaga.)

Ella.– Deseo volver a casa.

Militar 2.– Mejor sería sacar la cabeza por esa ventana y escupirles la verdad.

Militar 1.– ¿Quieres dejar de gritar?

Militar 2.– *(Dirigiéndose a la ventana.)* Soy un soldado y me he jugado la vida como el que más.

Militar 1.– Cierra esa ventana.

Ella.– Por favor, díganme cómo puedo salir de aquí para volver a casa.

Militar 1.– Soldado. Cierre esa ventana.

Ella.– Manden a alguien para que me acompañe.

Militar 1.– ¿Crees que haciéndonos detener podremos ayudar a Alejandro?

Militar 2.– ¿Y por qué tengo que ayudarle?

Militar 1.– No sabes lo que dices.

Militar 2.– Sí sé lo que digo. ¿Acaso he sido yo el que se negó a disparar? Nos dijeron que todo había terminado. Que nuestra era la victoria.

Militar 1.– Y así ha sido. Se prometió y se ha cumplido con la ayuda de Dios.

Militar 2.– ¿Y cuánto más quiere Dios?

(Ella, súbitamente, se acerca a Militar 2 y lo abofetea quedándose ambos estáticos al instante. Militar 1 se aparta de ellos, toma un poco de agua del vaso que ofreció a Ella y dice:)

Militar 1.–

Y volvimos a vernos en una cuidad
cargada de iglesias y confiterías.
Tenías el pelo recogido y manos de profesora.
—Como ves, no las olvido—. Sonreímos. Hablamos.

Me dijiste que eras feliz en tu matrimonio,
que te sentías dichosa en tu casa de porcelana
y con un hijo
que te situaba en el mundo en el lugar que merecías.

(Se acerca a Ella y la mira. Desea besarla una vez más, pero se contiene.)

Yo
te conté algo de mi pasado más reciente y
de cómo la vida me llevaba a su antojo.
Que aquella tarde pasaba por allí casualmente
de camino a casa de un amigo de la infancia
y al que hace mucho no veía. Y por primera vez,
desde el último encuentro, nos miramos.

Y busqué a mi alrededor la torre Eiffel, pero
la torre Eiffel ya no estaba. Así que, resignado
bajé la mirada a tus piernas para no olvidarlas,
para recordar cada paso con el que te alejabas
una vez más de mi vida. Para sentir nuevamente
aquellas tardes que, al cruzarnos por la calle,
fingíamos no conocernos
y nuestro reino no era de este mundo.

Ella.– No consentiré que nadie hable así en mi presencia.
Militar 1.– Siéntese, por favor.

(Ella vuelve a tomar asiento.)

Militar 2.– Soy yo el que se juega el tipo por su marido. Sí, su marido, al que le dio por no apretar el gatillo cuando se lo mandaron.
Ella.– ¿Acaso insinúa que no conozco a mi marido para acusarlo de esa manera y en mi presencia?
Militar 1.– Nadie duda de él.
Ella.– Mi marido no es un cobarde. Deseo irme a casa.
Militar 2.– Ayúdenos a salvarle el pellejo.
Militar 1.– ¡Te quieres callar!
Ella.– Mi marido no…

(Pausa.)

Militar 1.– Aprovecharemos el cambio de guardia para salir.

Militar 2.– Es la única persona que puede sacarlo. Convéncela de salvarle la vida, o al menos que muera con honor.

Ella.– *(Con esfuerzo por recuperarse.)* Él no lo ha perdido nunca.

Militar 2.– Pues eso es lo que intentamos demostrar, por si usted no se ha dado cuenta.

Militar 1.– Más de la mitad del tribunal conoce a la familia de Alejandro. Saben muy bien cómo de generación en generación han servido al ejército.

Militar 2.– Siempre y cuando Alejandro reniegue de su acción y lo haga de manera convincente para el tribunal.

Militar 1.– Aún no se ha celebrado el juicio. Tardarán unos días. Tenemos tiempo para preparar una defensa.

Militar 2.– Sí. Pero ni a ti ni… No dejan entrar a nadie. Tan sólo su señora puede hablar con él para convencerle.

Ella.– No iré. Sería demasiado duro para él.

Militar 2.– Esto no es como preparar una fiesta de aniversario, o elegir entre dos vestidos para el próximo fin de año. Aquí estamos hablando de un hombre que se negó a disparar a otro hombre porque éste estaba desarmado, hambriento y temblando de miedo tras pasar más de un año vagando día y noche por el monte. En otro tiempo, o en otro lugar, su marido recibiría una condecoración por su humanidad y honor. Pero no. Aquí se condecoran a hombres que meten plomo en el cuerpo de otros hombres, y nada más. De eso es de lo que estamos hablando, señora.

Ella.– *(A los ojos del Militar 2.)* Si Alejandro lo quiso así, así debe ser.

Militar 2.– No digo lo contrario. Alejandro es un amigo, y no quiero verlo fusilado ante una tapia. Pero para un tribunal militar el uniforme está antes que la persona que lo vista. Usted puede hablar con él y pedirle que reniegue de su acción. O que intente escapar.

Ella.– No puedo hacer eso. Él nunca me lo perdonaría

Militar 1.– (Furioso y a pleno pulmón.) ¿Prefiere verlo muerto?

(Nada más llegar el silencio Militar 1 y Militar 2 quedan estáticos.)

Ella.– Ayer tuve un sueño con amigas.
Salíamos de casa de Carmina, y unos
Chicos nos esperaban a la vuelta de la esquina.

Julia me dijo que tú no parabas de mirarme
y que hiciste un comentario sobre mis medias
de no muy noble caballero. Incluso en los sueños,
Julia lee demasiadas novelas de dragones y princesas.

¿Recuerdas aquellas tardes en que el café
lo tomábamos sin azúcar y con las persianas echadas?
Yo te confesaba lo mucho que me gustaba tu nombre,
y tú me recitabas poemas de libros escondidos tras la estantería.

Pero los dragones se escaparon de los libros.
Salimos a la calle y todo estaba triste y oscuro.
Los héroes andaban con los ojos desorbitados,
y al Chico de Carmina no le perdonaron aquella broma
de no llevar corbata por las tardes en el casino.
Yo tuve la enorme suerte de tener a mi soldado
el cual me regaló un abrigo blanco
para resguardarme de discursos y panfletos.

(Se cruza de brazos y continúa.)

Estoy aquí, mi amor, estoy aquí.
Aunque en las noches, al hablar,
nadie me responda. Aunque en las tardes,
al pasar ante los escaparates del centro de la cuidad,
o al recibir visita en casa, cueste más cada día
mantener la sonrisa y la confianza en esa Victoria
que tú ya no sientes como tuya
y por la que yo daría cada gota de mi sangre.

Estoy aquí, mi amor, estoy aquí.
Aunque tú no me sientas cuando te hablo,
y yo te siga amando y no te reconozca.

(Desarma a Militar 2 y coloca la pistola en la mesa tras descargarla. Desenfunda y también coloca la suya.)

Militar 1.– Mejor será que las desmontes y te relajes limpiándolas. En la estantería hay un bote con grasa. Hazlo. Ya oscurece. *(A Ella.)* Debemos esperar a que terminen el cambio de guardia, y podrá salir sin problemas. Encontraremos en el despacho de Alejandro informes que nos ayuden a mostrar su lealtad.

Ella.– ¡No! Nunca he tenido ningún problema para entrar ni para salir. Soy nieta, hija y mujer de militar. Prefiero ir sola. Conozco bien estos sitios. Todos tienen una puerta por la que se entra y por la que se sale.

Militar 1.– Sí. Pero no estamos en el cuartel que rige el padre de usted, ni en el que sirve su marido. *(Tras un incómodo silencio.)* Dígame, ¿desea ayudarlo a salir?

Ella.– Es mi marido.

Militar 1.– No responde a mi pregunta.

Ella.– Si usted conociera al amor, sabría que no es necesario dar respuesta. Las personas se miden por sus actos, no por responder a insolentes preguntas.´

(Silencio.)

Militar 1.– *(Abriendo la puerta.)* Está bien. Márchese.

Ella.– *(Levantándose.)* Sí. Me voy.

(Sin moverse del sitio. Silencio. Militar 1 cierra de un portazo. Militar 2 se sobresalta.)

Militar 2.– A qué viene eso. Se habrá escuchado en todo el cuartel.

Militar 1.– *(Más cerca de Ella de lo hasta ahora visto.)* Prefiero ir con usted. Toda precaución es poca en estos días—Deseo volver a verte.

Ella.– ¿Qué dice usted?

Militar 1.– Alejandro tendrá todos sus documentos en su despacho. Nos servirán para demostrar su inocencia —Tenemos que volver a vernos.

Ella.– No. No sé a qué se refiere.

Militar 1.– ¿Por qué no?

Ella.– Y tú me lo preguntas.

Militar 1.– En menos de una hora podré estar de vuelta y comenzar a preparar la defensa —Me equivoqué. Fue un error. Lo siento. *(Ofreciéndole un trozo de papel.)* Cógelo. Lleva apuntada mi dirección, por si no la recuerdas.

Ella.– Nadie entrará en el despacho de mi marido sin su consentimiento —Y no vuelva a insultarme jamás.

(Pausa.)

Militar 1.– Vi a Alejandro mientas esperaba en el patio que lo trasladaran.

Militar 2.– *(Dejando su actividad y acercándose a la puerta.)* Alguien sube.

Ella.– ¿¡Cómo!?

Militar 1.– Estuvimos hablando. A solas.

Ella.– ¿Qué le contó?

Militar 1.– Nada que lo pueda hundir más de lo que se encuentra. Algo más delgado, pero sereno, tranquilo. Le pedí que renegara de su acción, que se inventara cualquier excusa… Pero no. *(Pausa.)* ¿Quién es ese hombre al que vi detrás de la reja? Dígame. ¿Dónde está Alejandro? Se lo pregunto a su mujer.

(Militar 2 apaga la luz dejando la habitación a oscuras. Los pasos se alejan. Al volver a encenderse la luz, ambos militares sostienen en sus manos sus respectivas armas que se han pasado en la oscuridad.)

Militar 2.– ¿Se han ido?

Militar 1.– Han pasado de largo.

Militar 2.– Si nos encuentran reunidos con…

Militar 1.– Nos fusilan. ¿Tienes miedo?

Ella.– Debería tenerlo usted también. (Del interior de su bolso saca un trozo de bandera de la II República.) Esto es lo que podrían encontrar. No he podido encontrar el trozo que falta. Pero sé que Alejandro lo habrá escondido en algún lugar de la casa. Quizás en su despacho.(Pausa.) Y se equivoca. Mi marido no está hundido.

(Militar 1 y Ella se quedan estáticos, ya que es el turno de Militar 2.)

Militar 2.– *(Al público.)* Para mí el autor no ha compuesto un poema. O al menos no pensaba hacerlo en un principio. Dice que me falta elasticidad en la voz, o flexibilidad en la voz. No sé. Miré mi papel y le dije: ¡eh! sevillano, ¿y mi poema? Otra vez será, me contestó, el muy cabrón. Miré de nuevo el papel y vi escritas y subrayadas las palabras elasticidad y flexibilidad. Subrayadas en rojo. Yo nunca he sido de subrayar los textos.

Durante las últimas tres semanas hemos estado ensayando todas las tardes. Tras los ensayos, nos tomábamos la copa de después en el bar de la esquina y comentábamos impresiones, sensaciones, desacuerdos y demás. Tras un par de cañas, a casa. No sé mis compañeros, pero cuando llego a casa yo hago dos cosas: o me pongo un programa de esos de cotilleo, o me cojo un libro y me pongo a leer —preferible-

mente alejado del tema que estemos trabajando en los ensayos esos días.

Me dio coraje quedarme sin poema. Salinas, Neruda, Gioconda Belli, Carlos Williams, José Hierro… La otra noche los cogí todos y me los llevé al salón. Encendí un cigarro y me puse a leer. Leía un poema tras otro entre cigarro y cigarro. Sin parar. Hasta quedarme dormido. A la mañana siguiente, mientras desayunaba, pensé que no veía yo a los personajes Militar 1 y Militar 2 leyendo poemitas por la noche. ¿Y Alejandro? Alejandro, sí. Ella lo dice:

«Yo te confesaba lo mucho que me gustaba tu nombre,
y tú me recitabas poemas de libros escondidos tras la estantería».

Ella se casó con Alejandro. Lo amaba y lo sigue amando. O mejor dicho: siempre lo ha amado porque nunca llegó a conocerlo. Nunca supo de sus ideas contrarias al deber de un verdadero militar, el cual ame a la patria y a su bandera por encima de todo, hasta que éste lo confesó negándose a disparar. Alejandro es un rojo, un republicano, un amigo de la masonería y un falsario. Y, sin embargo, ella lo ama. ¿Pero ama a Alejandro, o ama al hombre que está tras una reja esperando el día de su ejecución? A saber.

Así como siempre procuramos arreglar la vida de los demás mientras la nuestra es un caos, los actores nos ponemos a pensar en el papel del otro sin llegar a tener bien claro el nuestro. Esto me lo dijo un antiguo profesor, y como ven de poco ha servido. O quizás no. Porque Alejandro somos todos, o al menos lo que quisiéramos ser. Es lo que pienso. Es lo que me llega del texto. Alejandro es el personaje Militar 1, pero amando sin necesidad de ser amado; Alejandro es el personaje Militar 2, el mío, pero escupiendo por la ventana toda la sinrazón tragada durante tanto tiempo; Alejandro es el personaje de ella, sin silencios *(Mira a la compañera que interpreta a Ella.)* ¿No? Ustedes desde ahí no la ven, pero se está riendo. *(Pausa.)* O quizás Alejandro sean ustedes, el público, silencioso y a la espera de qué va a suceder. Ya termino.

Me mandó un poema. Serían las doce y pico y el autor me llamó al móvil. Buenas noches. Perdona que te moleste a estas horas, —Eso sí lo tiene, educado es como él solo—, que… bueno, que acabo de escribir un poema para tu personaje, y que te lo he mandado a tu correo. ¿Y cómo tienes mi correo? pregunté. Acabo de hablar con el Director y le he pedido tu correo y tu teléfono. ¿Será gay?, pensé mientras colgaba. Pinta tiene, la verdad. Pero vamos, que por aquí quién no. Abrí el correo. Lo leí. Me encantó. Y me gustó tanto el poema, que he decidido quedármelo para mí solo.

Militar 1.– Mentira. Miente, y Alejandro también miente. Mintieron al decirnos que aquel niño era su hijo, y nos mienten ahora con ese trapo.

Militar 2.– *(A Ella.)* Deme eso. Por favor.

Ella.– No.

Militar 2.– Señora, si entran y nos encuentran con usted y esos colores en su mano… Por favor.

Ella.– Alejandro lo ha querido así.

Militar 2.– Y nosotros respetaremos su decisión. Pero ahora debemos salir de aquí. Deme eso. *(Ella se niega.)* O al menos suéltelo.

Militar 1.– Es un traidor. Un rojo.

Militar 2.– Cállate. Se negó a disparar… ¿De verdad te sorprende tanto verlo con esta bandera? *(A Ella.)* Démelo, por favor. Nos vamos.

(Ella suelta el trozo de bandera cayendo éste al suelo.)

Militar 1.– De aquí no se mueve nadie.

Militar 2.– Qué dices. Tenemos que sacarla de aquí. Sihan encontrado la bandera en su casa, la pueden condenar a ella también.

Militar 1.– Te digo que es mentira. No hay ninguna bandera.

Militar 2.– Señora, deme la mano. Sé cómo salir de aquí sin problemas. Sí hay una bandera, y está ahí, donde la ha dejado caer la mujer de Alejandro.

Militar 1.– No os mováis.

Militar 2.– No vas a disparar. Has visto demasiados muertos en todo este tiempo.

Militar 1.– No.

Militar 2.– Todos sabíamos que tarde o temprano esto tenía que suceder. Ha sido Alejandro, pero podría haber sido cualquier otro. Qué importa el nombre. Son demasiados días, meses, años sin resuello ni descanso. Todos teníamos sueños de jóvenes, de antes de aprender a afeitarnos, y nos lo han quitado. Y nos piden que guardemos profundo silencio. Nos hemos preocupado tanto por la honra de nuestra tierra, que se nos ha olvidado la nuestra. Vamos a salir por esa puerta y tú no vas a disparar, porque es lo único cierto en todo esto.

(Militar 2 y Ella pasan al lado de Militar 1 y salen de la habitación.)

Militar 1.– (Tras abrir la ventana, comienza a gritar.) Es un rojo… Un masón… Se ha casado con un traidor… Sus manos de profesora… Sus manos de profesora… Es un rojo… Un masón…

(Sonido de cientos de pesadas botas subiendo las escaleras hacia la habitación. Militar 1 recoge el trozo de bandera y se lo ata al cuello. Al terminar de atárselo, se hace el oscuro.)

El fruto desechado

Pedro Entrena

Personajes:
Rocío
Laura

A Juanjo

(Una casa vieja. Un salón de estar desordenado. Un televisor tirado en el suelo. Un sofá desgastado. Una mesa pequeña con restos de comida y un retrato con el cristal roto. Un par de sillas viejas. Al fondo, un gran ventanal cubierto por unas rotas cortinas. Por un lateral entra una mujer de unos cincuenta años. Es Rocío, al entrar se sorprende de ver la casa tan desordenada. Se dirige hacia la ventana y se queda mirando a través de ella. Al poco tiempo entra otra mujer. Es Laura, una joven de unos treinta y tanto años, muy bella.)

Laura.– Hola.

Rocío.– Las cortinas que te regalé... Habrá que lavarlas.

Laura.– ¿Eres Rocío?

Rocío.– Estos agujeros no son normales.

Laura.– ¿Me oyes?

Rocío.– ¡Estoy harta de todo!

Laura.– ¿Qué te ocurre?

Rocío.– Hasta del sexo.

Laura.– *(Sorprendida.)* ¿Perdón?

Rocío.– Hace muchos años conocí el amor. Ya lo he perdido. Se supone que cuando amas a alguien, no deseas que le ocurra nada... Pues cuando murió tu padre, me llevé una gran satisfacción.

Laura.– Lo siento.

Rocío.– ¡Si tu padre viese como está el piso!

Laura.– ¡David se volvió loco!

Rocío.– ¡Con lo de derechas que era! ¡Te mataba!

Laura.– Quiero hablar contigo.

Rocío.– En mis tiempos fui una adelantada. En mi pueblo me llamaban "la fresca"... simplemente conocí a tu padre muy joven. Es muy duro que te juzguen tan pronto.

Laura.– David me ha llamado.

Rocío.– Para tu padre, Franco fue un buen hombre...

Laura.– No quiero escuchar tus batallitas.

Rocío.– En mi pueblo hay muchos asesinos. Todos tienen una escopeta guardada.

Laura.– ¿Qué me estás contando?

Rocío.– *(Se sienta en una de las sillas.)* Estoy tan sola... tengo tanto que contarte... Desde que viniste a vivir aquí, la casa es tan distinta. Con tu padre viví un infierno. Aquí ha habido una batalla

Laura.– Rocío, ¿has hablado con David?

Rocío.– La culpa fue mía.

Laura.– ¿De qué me hablas?

Rocío.– Dejé de asistir a tus eventos.
Laura.– ¿Qué dices?
Rocío.– Ha sido una guerra mortal.
Laura.– David no te odia.
Rocío.– *(Coge el retrato.)* ¡Te extraño tanto!
Laura.– ¿Tengo que hablar contigo?
Rocío.– Me ha sorprendido tu llamada.
Laura.– Es algo importante.
Rocío.– Me voy a convertir en una carga para ti.
Laura.– ¡Cada vez entiendo más a David! (*Se sienta en una de las sillas*.)
Rocío.– Me considero joven.
Laura.– ¡Claro que eres joven!
Rocío.– *(Se levanta.)*¡Tengo ganas de vivir! ¡Quiero recuperar el tiempo perdido!
Laura.– No es tarde.
Rocío.– Tengo miedo David...
Laura.– *(Saca un sobre de su bolso.)* Te he traído esto.
Rocío.– Quiero recuperar el tiempo perdido...
Laura.– *(Se levanta.)* Ten.
Rocío.– Tu padre siempre quiso que abortase.
Laura.– ¿Quieres abrir el sobre por favor?
Rocío.– *(Recogiendo cosas del suelo.)* Cada mañana el despertador no para de sonar. Ya no tengo fuerzas ni para tirarlo contra la pared. Sólo tengo ganas de quedarme en casa encerrada. No me apetece cocinar. Recuerdo a mi madre y a mi abuela. Se pasaban el día bordando, intercambiando recetas con las vecinas, plantando flores, regando los árboles... Sus vidas: sus hijos...
Laura.– ¡Qué razón tienes!
Rocío.– Yo quiero que ahora mi vida seas tú.
Laura.– Ahora hay otras cosas. Puedes ver la televisión e ir de compras.
Rocío.– Deberías romper con Laura.
Laura.– ¡Hemos roto!
Rocío.– ¡Qué lástima! No la he podido conocer.
Laura.– Ya es tarde.
Rocío.– Me decías que ya se había enterado.
Laura.– *(Nerviosa.)* ¡Enterarme de qué!
Rocío.– Eras tú quien tenías que marcharte.
Laura.– ¿A dónde?
Rocío.– Lejos. Yo te hice las maletas.
Laura.– David viene de camino.

Rocío.– Te marchabas con ella, con el amor de toda tu vida.
Laura.– ¿Quién es ella?
Rocío.– Era un sueño o una pesadilla.
Laura.– David y yo ya no estamos juntos.
Rocío.– Una mera premonición.
Laura.– David llegará en cualquier momento.
Rocío.– Ya se que ahora es tarde.
Laura.– Sí...
Rocío.– En el fondo me alegro de no conocerla. Nos hubiésemos llevado fatal.
Laura.– No lo dudes.
Rocío.– Me gustaría prepararte un guiso.
Laura.– La cocina no funciona.
Rocío.– Un guiso acompañado de verdura.
Laura.– ¡No le gusta la verdura! ¡Tengo ganas de vomitar!
Rocío.– ¡Unas verduritas salteadas!
Laura.– No me encuentro bien.
Rocío.– Ya sé que las verduras no te gustan. De pequeño te las camuflaba con bechamel... te las comías con tanta dulzura.
Laura.– Dejemos de hablar de comida.
Rocío.– Iré al mercado a comprar.
Laura.– Hoy es domingo.
Rocío.– ¡Os estáis haciendo daño!
Laura.– Déjame explicarte algo.
Rocío.– Es domingo. Está todo cerrado.
Laura.– David era diferente, el único hombre que me comprendía. Siempre tuve mala suerte en el amor. Llega un momento en que te das cuenta que no eres nada, te sientes vacía… Acabé acostándome con su mejor amigo. ¡Volvía a ser la de siempre!
Rocío.– David, nadie merece la pena. Yo quise ser una gran estrella de la copla, y aquí estoy, viuda y sin novio. Creí en el amor.
Laura.– No me estás escuchando.
Rocío.– ¡Qué peligro! Cuando uno pierde su propia vida.
Laura.– Yo era muy pequeña cuando murió mi padre. David ha sabido llenar ese vacío.
Rocío.– Me voy a poner a limpiar todo esto.
Laura.– ¡Hay que joderse! ¡Ahora te vas a poner a limpiar! Te vendo mis recuerdos a precio de saldo, de hecho no valen más que eso. ¿De que sirven los sueños de alguien que los tiene llenos de grietas?
Rocío.– Has sido un buen niño.

Laura.– Soy cobarde.
Rocío.– Me gustaba abrazarte de pequeño.
Laura.– No puedo expresarlo... supongo que por falta de claridad. Nunca me ha gustado esta sensación de impotencia. Me gustaría ser más clara, como antes cuando intentaba disfrutar de todo. Hay algo en mí que no me deja tranquila... Me empuja y no lo puedo evitar, es más fuerte que yo. Esta impotencia empieza a asfixiarme. ¿Entiendes lo que te digo?
Rocío.– Yo no podría perdonarla.
Laura.– Sigues sin escucharme.
Rocío.– Una mujer no se comporta así.
Laura.– ¡No tenía más remedio!
Rocío.– ¡Acostándose con tu mejor amigo! Luego me llamaban a mi puta en el pueblo.
Laura.– ¡No soy ninguna puta!
Rocío.– *(Recogiendo las cosas del suelo.)* Puta... Puta... Puta...
Laura.– *(Gritando.)* ¡Quieres estarte quieta!
Rocío.– … Puta... Puta...
Laura.– ¡Cállate!

(Silencio.)

Rocío.– ¡Dios! Perdóname ya no sé lo que digo.
Laura.– Si quieres te puedo ayudar antes que llegue David.
Rocío.– ¡Cuánto polvo!
Laura.– Abre el sobre.
Rocío.– ¿Dónde he puesto la bayeta?
Laura.– Ábrelo.
Rocío.– La encontré.
Laura.– Voy a abortar.
Rocío.– Debe de estar a punto de llegar.
Laura.– Pienso hacerlo.
Rocío.– Está lloviendo.
Laura.– Lo voy hacer.
Rocío.– Cada vez llueve más.
Laura.– Se que no estás de acuerdo.
Rocío.– Hay tormenta.
Laura.– La decisión sólo es mía.
Rocío.– ¡Te vas a mojar!
Laura.– No tengo fuerzas para tenerlo.

Rocío.– Va a salir el sol.
Laura.– Aléjate de tu hijo.
Rocío.– Sé que saldrá el sol.
Laura.– Sabes que la culpa es tuya.
Rocío.– Ya se ha despejado.
Laura; ¡No estamos juntos por ti!
Rocío.– Te equivocas.
Laura.– No me equivoco...
Rocío.– Laura, no voy a permitir que mates a mi nieto.
Laura.– No es tu nieto.
Rocío.– Convenceré a David para que quiera tenerlo....
Laura.– No lo voy a permitir.
Rocío.– Antes te quito la vida.
Laura.– Me marcho, dile a David que he estado aquí.
Rocío.– *(Impide que se marche.)* ¡No te vas a mover!

(Suena el timbre. Oscuro.)

Bicicleta

Lola Fernández de Sevilla

26. Teatro Mínimo nº 2

Personajes:

Bella

Pablo

(Cobertizo.
Una bicicleta.
Entran Bella y Pablo, con sigilo. Bella lleva una mochila.)

Bella.– *(Susurrando.)* No enciendas.
Pablo.– ¿Y cómo vamos a ver?
Bella.– En cuanto se nos acostumbren los ojos. Entra más luz de fuera de la que parece.
Sale de la mina a las cinco.
Pablo.– ¿Qué?
Bella.– El Castor.
Digo que sale de la mina a las cinco.
Pablo.– ¿Por qué sigues llamándole El Castor?
Bella.– Es la costumbre.
¿Ves?
Ahí está la bicicleta.
Pablo.– Es verdad.
Hay más luz de lo que parece.
Yo creo que sale de la mina a las cuatro.
Bella.– Abre la mochila.
Pablo.– Pero seguramente se pasará por el bar antes de venir a casa.
¿Qué pasa? ¿Qué miras?
Bella.– Nada. Este lugar.
Pablo.– Es un cobertizo. Igual que el nuestro.
Bella.– No, igual no.
Pablo.– Bueno, porque papá vendió tu bicicleta.
Llevabas años sin tocarla.
Bella.– Ya lo sé.
Pablo.– ¿Qué pasa?
Bella.– Nada. Un cobertizo sirve para almacenar cosas. Aunque esas cosas no se usen.
Pablo.– ¿Llave inglesa?
Bella.– No. Busca un trapo.
Pablo.– Sí, será mejor limpiar un poco la cadena o nos pondremos perdidos.
Bella.– Dame.
Pablo.– ¿Estás bien, Bella?
Bella.– Sí, dame.
Pablo.– No, déjame. Yo lo haré.
Bella.– *(Mirando por la ventana.)* Anochece tan temprano.

(Silencio.)

Bella.– Sale de la mina a las cinco. Y entonces se pasa por el bar.

(Silencio.)

Bella.– Siempre pide un chato.
Siempre se deja la tapa.
Quiere que la cena le pille con hambre.
Pablo.– *(Limpiando la cadena de la bicicleta.)* Su mujer cocina muy bien. Ella le enseñó a mamá la receta de los buñuelos de bacalao.
Bella.– Sí, eso. Buñuelos de bacalao.
Pablo.– Bella, si te quedas ahí, junto a la ventana, te verá en cuanto se acerque.
Bella.– No me verá, no te preocupes.
Pablo.– Esto ya está.
Bella.– El Castor nunca mira. Camina con los ojos en el suelo.
Pablo.– ¿Qué hacemos ahora?
Bella.– Y las manos en los bolsillos.
Pablo.– ¿Qué hacemos ahora?
Bella.– No mira.

(Silencio.)

Bella.– La llave inglesa.
¿Tú no eras el experto en bicicletas?
Pablo.– Tú tuviste la idea.
Bella.– Los dos tuvimos la idea.
Pablo.– Pero tú dijiste que sería divertido.
Bella.– Lo será. Muy divertido.
Pablo.– No encuentro la llave.
Bella.– Esta noche he tenido un sueño, ¿sabes?
Pablo.– Bella.
Bella.– Déjame a mí.
Pablo.– No veo nada.
Bella.– Ya lo hago yo.
Pablo.– ¿Sigues pensando que será divertido?
Bella.– Sin duda.
¿Tú no?

Pablo.– Bueno, la verdad es que podría hacerse bastante daño.

Bella.– Dijiste que estabas harto de sus piruetas calle arriba calle abajo. De sus equilibrios sobre la rueda trasera.

Pablo.– Y es verdad, lo estoy.

Bella.– Dijiste: «Sería divertido verle caerse por una vez».

Te dije: «Los hombres como él nunca se caen».

Me abrazaste. ¿Te acuerdas? Me abrazaste. Me acunaste hasta que me dormí.

Y cuando me desperté te dije: «Los hombres como él *creen que* nunca van a caerse».

Pablo.– Sí. Me acuerdo.

Bella.– Estas tuercas están muy apretadas.

Pablo.– Déjame intentarlo.

Bella.

Bella.– Sí, sigo pensando que será divertido.

Pablo.– Ya está. Una, al menos.

Bella.– Déjame seguir con la siguiente. Ahora irá cediendo.

Pablo.– Toda tuya.

El Castor no es muy ordenado que digamos. Esas latas de pintura deben de llevar ahí desde que construyó la casa.

Bella.– Te decía que hoy he tenido un sueño.

Pablo.– Es verdad.

Bella.– Ocurría en este cobertizo.

Pablo.– ¿El qué?

Bella.– El sueño. Mi sueño.

Pablo.– Ya.

¿Y las tuercas?

Bella.– Casi fuera.

Pablo.– Tienes razón. Será divertido verle perder el equilibrio y caerse al suelo. Ahí, delante de la ventana de su cocina. Es donde hace sus exhibiciones. Mientras su mujer fríe los buñuelos.

No sé por qué lo hace. Por qué quiere impresionarla.

Bella.– Me da igual. Eso me da igual.

Pablo.– Me imagino que cogerá la bici el sábado por la mañana.

Bella.– Sí. Seguro. El sábado.

Pablo.– Ahora está demasiado oscuro.

Bella.– Siempre estaba así de oscuro cuando volvíamos del colegio.

Este cobertizo era lo único que tenía luz antes de llegar a casa.

Pablo.- Bella.

Bella.– Y hacía tanto frío.
Pablo.– Bella.
Bella.– ¿Qué?
Pablo.– ¿Ya? ¿Ya está?
Bella.– Sí. Están todas fuera.
¿Seremos capaces de volver a colocarlas después?
Pablo.– Claro. No te preocupes por eso.
Ya te dije que puedo desmontar una bici entera y volver a montarla en dos minutos.
Bella.– Eso espero. No creo que falte mucho.
Pablo.– Ahora necesitamos un destornillador.
Bella.– Espera. Lo he tocado antes.
Aquí está.
Pablo.– Aflojaré los tornillos.
Bella.– Aflojaremos los tornillos.
Pablo.– No mucho, lo suficiente para que no se note demasiado.
Bella.– Para que no se note hasta que no esté fuera del cobertizo.
Pablo.– Cuando se suba a la bicicleta y empiece con sus demostraciones.
Bella.– Delante de la casa.
Pablo.– Con sus exhibiciones.
Bella.– Sus asquerosas exhibiciones delante de la casa.
Pablo.– Podremos verlo. Desde la ventana de nuestra cocina.
Bella.– El sábado por la mañana.
Podremos verlo perfectamente.
Pablo.– Casi están ya.
Oye, ¿quién crees que empezaría a llamarle El Castor? ¿Y por qué?
Bella.– No lo sé.
Pablo.– Son roedores, ¿sabes? Roedores acuáticos.
Bella.– No sé.
Pablo.– *(Se ríe.)* ¿Dirías que parece un roedor acuático?
Bella.– A mí también me gustaba montar en bicicleta.
Tenía una bicicleta preciosa, verde oscura.
Yo misma la pinté de ese color.
Con el manillar beige claro.
Tenía una bocina que sonaba como una campanilla. Antes de que papá la vendiera.
Pablo.– Me acuerdo.
Pero tú le dijiste que se deshiciera de ella.

No querías ni verla, Bella.

Bella.– Ya lo sé.

Siempre volvía del colegio en bicicleta.

Pablo.– Ya está. Están listos.

Pásame la llave inglesa de nuevo.

Voy a colocar las tuercas.

Bella.– No.

Pablo.– Hay que colocarlas, aunque sin apretarlas.

Hazme caso.

Si no, lo notará en cuanto se acerque.

Bella.– Yo lo haré.

Déjame.

Pablo.– Como quieras.

Bella.– Rápidamente.

Pablo.– Tranquila, tenemos tiempo.

Bella.– No tanto.

Pablo.– Hay mucho silencio ahí fuera. Le oiremos llegar en cuanto se acerque por el camino.

Bella.– ¿Crees que así están bien?

Pablo.– ¿A ver? Sí, perfectas.

Bella.– En mi sueño yo volvía del colegio.

Otra vez.

Subida en la bicicleta verde oscura.

En mi sueño también hacía frío y estaba muy oscuro.

Pablo.– Grasa, Bella. Hay que volver a engrasar la cadena.

Bella.– Hazlo tú.

Y vigila que no se derrame sobre el suelo de madera.

Pablo.– Es cosa de un momento nada más.

Así, con cuidado.

¿Ves?

Ya está.

Listo.

Toma.

Bella.

¿Nos vamos?

Bella.– Casi.

Pablo.– Bella...

Bella.– En mi sueño, Pablo, yo estaba paralizada.

No podía moverme.
Casi no podía respirar.
Sobre el suelo de madera.
Yo estaba paralizada.

Pablo.– *(Trata de abrazarla y besarla.)* Bella…

Bella.– No, Pablo. Aquí no.

Pablo.– Vámonos, entonces. Ayúdame a dejar la bicicleta como estaba. No notará nada.
Vámonos.
A nuestro propio cobertizo. A casa.
Vámonos, Bella.

Bella.– Casi.

Pablo.– Solo es una broma. Una broma bien merecida.
Se pegará un buen coscorrón. Lleva años ganándoselo.

Bella.– Casi.

Pablo.– ¿Qué?

Bella.– *(Se dirige a la bicicleta.)* Voy a aflojarle el sillín.

Pablo.– ¿Qué?

Bella.– El sillín.
Ven conmigo.
Dame la llave inglesa.

Pablo.– ¿La llave inglesa?

Bella.– Quitaré las tuercas del sillín.
Tal y como te he visto hacerlo a ti.
Y después me darás el destornillador.
Aflojaré los tornillos.
Y colocaré de nuevo las tuercas. Igual. Sin que se note.
Vamos.

Pablo.– ¿Qué dices, Bella?

Bella.– No lo notará.

Pablo.– ¿Pero sabes lo que ocurrirá si haces eso?

Bella.– El sábado por la mañana.
Cogerá la bicicleta.
La llevará delante de la casa.
No notará nada.

Pablo.– Cuando se le desmonte la cadena perderá el sillín.

Bella.– Cuando se balancee sobre la rueda trasera, de pie.

Pablo.– Perderá el sillín sin darse cuenta.

Bella.– Perderá pie y tendrá que sentarse.

Para no caerse, tendrá que sentarse.

Pablo.– Estás loca.

Eso no es una broma, Bella.

Se trataba de darle un susto, por imbécil.

Pero eso no es una broma.

Bella.– No, no es una broma.

Pablo.– ¿Estás loca? ¿Sabes lo que ocurrirá?

Eso no tiene vuelta atrás.

Le destrozará.

Bella.– Le destrozará.

Pablo.– Vámonos, por favor, Bella. Vámonos.

Bella.– Pásame la llave inglesa, Pablo.

Pablo.– Vámonos.

Bella.– Dámela. Dame la llave inglesa.

Pablo.– No ganas nada con ello.

Vámonos a casa. Vámonos a nuestro cobertizo.

Olvida todo esto.

Podrás tener otra bicicleta, Bella. Y pintarla de verde si quieres.

Bella.– Sí, podré. Tal vez.

Pablo.– Podrás. Pero vámonos.

Bella.– Tal vez, dentro de algún tiempo.

Pero antes pásame la llave inglesa.

Pablo.– No. No. No te pasaré la llave inglesa, Bella.

Bella.– Yo estaba paralizada, Pablo.

Sobre el suelo de madera.

Él olía a vino, pero no estaba borracho. No me miraba; solo miraba al suelo.

Pero yo estaba paralizada.

Pablo.– No.

Bella.– Sí.

Pablo.– Lo siento. No puedo, Bella.

No puedo.

(Pablo sale corriendo del cobertizo. Bella le mira. Después saca la llave inglesa de la mochila y quita las tuercas del sillín. Afloja los tornillos con el destornillador y vuelve a colocar las tuercas. Deja la bicicleta como estaba al comienzo de la escena. Recoge las herramientas y sale del cobertizo con la mochila.)

Abel

Jorge García Val

Personajes:

A

B

B.– El timbre sonó y B se dirigió hacia la puerta como el que recibe una llamada al timbre en un horario que podría considerarse normal. Fue precisamente por eso que aproximadamente cinco segundos más tarde, los que tardó en ir de su dormitorio hacia la puerta de entrada, decidió que no era buena idea abrir. Cuando una se acostumbra a tener únicamente la noche para sí misma, da por hecho que los demás se ajustan a su horario. Y si uno de ellos tiene algo por lo que insistir constantemente, una puede llegar a suponer que no se trata de otra cosa que no sea un cambio de estrategia.

A.– ¿Se puede pasar?

B.– Entró A. Se trataba de una mujer cuya primera imagen cuadraba con la de unos cincuenta años bien entrados, pero si uno la analizaba se daba cuenta de que en realidad era más joven.

A.– ¿Se puede pasar?

B.– A se quedó esperando una respuesta de B, pero ésta no contestaba.

A.– ¿Se puede?

B.– Ambas callaron. B miró a A dándole muestras de que aprobaba su entrada en la casa. A, perdida, esperó que le diera un permiso. Silencio de nuevo. B trataba de hacer ver a A que podía empezar a hablar cuando lo desease, que B la iba a escuchar. Sin embargo A parecía no captar el mensaje. Entró en casa, y empezó a seguir a B, pero lo hacía siempre tras dejar pasar unos segundos. La indecisión de A se hacía más evidente cuanto más avanzaba la escena.

A.– Disculpe, no soy actriz.

B.– Resolvió A a contestar. B, por su parte, no pareció darle importancia a dicha respuesta. Trataba de mostrarle a A mediante silencios y alguna que otra insinuación, su expectación por saber cuál era el motivo de la llegada.

A.– ¿Sabe quién soy?

B.– Dijo.

A.– ¿Lo sabe?

B.– B calló. Sentía que su respuesta podía ser precipitada. Por una parte no tenía la certeza de haber visto a aquella mujer en su vida. No obstante, la manera en la que había entrado y la paciencia, y casi naturalidad, al menos en apariencia, con la que sobrellevaba el modo de hablar de B, hacía que fuera deducible que ella la debía conocer de algo.

A.– Yo soy…

B.– Se entrecortó. No sabía cómo continuar. Para ser sinceros, había sido B quien no había dudado en interrumpirla, no por una cuestión de falta de respeto. Se trataba más bien de una ayuda necesaria para evitarle a A pasar el mal rato.

A.– Yo, en realidad…

B.– A volvía a insistir. Era su manera de demostrarle a B que se equivocaba.

A.– Sería un detalle que me dejara usted hablar. ¿No dice usted nada?

B.– B aceptó la petición de A por lo que se limitó a callar y a atender la presentación de A.

A.– Soy…

B.– De nuevo comenzó a…

A.– Me llamo…

B.– Dijo su nombre.

A.– La antigua propietaria de este piso.

B.– Efectivamente conocía el piso.

A.– Por eso he venido aquí.

B.– Detuvo su explicación. Posteriormente empezó a observar con cierto interés los arreglos que se habían llevado a cabo en la cocina. Dedicó un tiempo a realizar dicha inspección que seguramente para A tuviera la trascendencia de un recuerdo, de acontecimientos que uno no debe dejar en el olvido.

A.– Fueron muchos años.

B.– Pero esa última frase de A lo único que hacía era reafirmar lo que B había notado desde el primer momento. Había una especial atención a poner todo su cuerpo en disposición para entregarse a sus recuerdos. Los gestos que A hacía, la cuidada manera de deslizar sus manos por las paredes y los muebles, se le antojaban a B excesivamente meticulosos, como medidos para transmitir esa sensación exacta. En un momento había detenido su mirada y se había dedicado a contemplar a B, pero en el momento en que ésta la había podido notar, A no había dudado en volver a su tarea anterior. Todo esto sucedió hasta que de repente…

A.– Por favor…

B.– A había mirado hacia las habitaciones. Era esta vez una mirada sincera, instintiva, inevitable. Su mirada se había perdido. A se preguntó de repente cómo era posible que B hubiese advertido lo que había sucedido, y teniendo en cuenta que B se había puesto a preparar café para ver si así conseguía que A rompiera el hielo y comenzase a sincerarse…

A.– No quiero café. Gracias. Ya suponía que me invitaría usted o, más bien, visto lo visto, que esperaría a que yo se lo pidiera, para aceptar usted posteriormente. Pero también cabe la opción de que usted no me lo aceptara. No lo sé, no lo puedo saber, dado que usted parece muy interesada en interrumpir todos mis intentos de iniciativa.

B.—Silencio absoluto.

A.– Escúcheme…

B.– Se atrevió a hablar como olvidándose de que su interlocutora no era otra que la due-

ña del piso. Silencio. Al parecer A había captado la indirecta. Ahora debía elegir entre esperar un poco para continuar hablando sin que B pudiera reconocer en ella ninguna falta de respeto o proseguir con su difícil presentación para intentar estar a la altura de…

A.– No la conozco sólo por su piso.

B.– La extrañeza que B habría podido sentir desde el primer momento no llegó a tener lugar dado que no era la primera vez que le sucedía algo parecido. Su interés por ella vendría provocado…

A.– Sí, son sus novelas.

B.– Soltó, como si de una terrible confesión se trata…

A.– Las leo a menudo. Me gusta cómo escribe. No creo que haya ningún problema en ello.

B.– B decidió callar. Quizás fuera la primera vez que no sentía un profundo agotamiento nada más oír esas palabras. Bien es cierto que era una mujer rara, que en apariencia no distaba mucho de cualquier friki…

A.– No creo que sea apropiado…

B.– Pero al menos no era periodista. Instantes después de que B la contestara, A había hecho un amago de irse de aquella casa. Sin embargo, al rato fue evidente que en eso se iba a quedar: en un amago. B abrió la nevera para asegurarse de que la negativa de A a tomar cualquier cosa no había sido más que por cortesía.

A.– ¿Un vaso de agua?

B.– Al margen de que se lo creyera o no, B le dio un vaso y una botella grande llena al lado por si, en el caso de que A se acabara el vaso, no tuviera que aguantar esos estúpidos momentos propios de cuando uno ya se ha acabado la primera consumición a la que ha sido invitado.

A.– Gracias.

B.– Se sirvió el primer vaso, muy poquito, como con vistas a que la conversación se fuera a alargar, la botella pudiera llegar a vaciarse y quisiera evitar después hacer el más mínimo gasto de agua. Después de que B dijera esto, A permaneció callada mirando firmemente a B y denotando con una simple mirada que empezaba a estar cansada del juego, que iba a beber lo que le apeteciera y que no pensaba obligarse a sí misma a hablar por seguir las normas. A levantó el dedo pulgar. B empezó a observar su bolso. A seguía callada. Parecía dar por imposible a B. Sin embargo era evidente que seguía a B por algo.

A.– La escena se había quedado en completo silencio durante un par de minutos. A había sacado un cigarro y se lo estaba fumando dejando caer las colillas en un cenicero repleto. Ese cenicero probablemente fuera el cenicero que mencionaba tanto en las novelas de Ana Pi. Uno cuando leía esas novelas pensaba al principio que eran las colillas de la protagonista. Sin embargo, con el tiempo, descubriría que ella no fuma.

B.– Más bien al contrario; ella, con el tiempo, tendría que acabar admitiendo que su hijo fumase.

A.– Pero el libro estaba escrito con tanta maestría que el lector no podía adivinar al principio que esa descripción de la novela era posterior al desarrollo de gran parte de la saga, es decir: cuando Abel empieza a fumar.

B.– En efecto, A era una gran conocedora de todas las novelas.

A.– ¿Qué? Esto no lo había descrito. ¿No habla? Pero sabe a qué me refiero. La cocina. Todas las colillas que hay la delatan. También se ve que no para usted de escribir.

B.– B se encontraba perdida. Cuantas más opciones le venían a la cabeza sobre los posibles motivos que podían haber impulsado la llegada de A, más impotente se sentía. Sentía, por primera vez, que fallaría en cada una de las hipótesis que se le ocurriese plantear.

A.– No plantee más. ¿Estos folios…?

B.– Los folios a los que A se refería correspondían con el manuscrito que B, como escritora conservadora en algunos aspectos y puramente metódica, aunque la prensa la hubiera tildado de espíritu libre, sin domesticar…Los folios, como A bien suponía correspondían a su última novela: "Abel".

A.– ¿Está acabada?

B.– Se dio cuenta de que no tenía que haber dado ninguna explicación. A menudo ocurría que estaba tan acostumbrada a describir con toda suma de detalles todo cuanto quería que apareciera en sus libros que después, a la hora de relacionarse con…

A.– Es tan fácil como decir "sí" o "no".

B.– Silencio. B veía la decisión de A y tenía en cuenta la apariencia que desde el primer momento le había mostrado y sentía que los motivos de A eran sinceros. Por otra parte, le desconcertaba el hecho de que A esperara algo en vez de exponer sus motivos.

A.– Tengo un hijo.

B.– Dijo. Por su parte, B no entendía qué tenía que ver…

A.– Se llama Abel.

B.– La respuesta de A dejó a B sin saber cómo reaccionar. Se trataba en principio de un recién nacido. Por otra parte, pensaba que de haberlo tenido ella, se debía haber tratado de un parto arriesgado dada la edad de la madre.

A.– No se me ocurriría. Tiene dieciocho años.

B.– B se quedó sin saber cómo reaccionar. Se podía tratar de una casualidad.

A.– Lo es.

B.– En ese momento se explicaba de alguna manera el entusiasmo de A por conseguir la firma…

A.– Sabe perfectamente que esa no debe ser la explicación.

B.– Aquella contestación de A…

A.– Cállese un momento por favor. Está usted tan empeñada en narrar todo lo que aquí suceda que podría parecer que se cree usted que es la única que sabe las cosas. Cuando no lo es. Mi hijo se llama Abel. Tiene la misma edad que su personaje. Y antes de que me vuelva a interrumpir, le digo que me refiero a esa misma edad que tiene su personaje cuando…

B.– A B le sorprendió que A se callara justo después de pedir que no se le interrumpiera. Y a juzgar por el punto concreto de la frase en que se había detenido, debía tratarse de una causa de fuerza mayor. B empezó a pensar, bajo la atenta mirada de A que quizás se trataba de…

A.– Ni se le ocurra plantear su hipótesis en voz alta.

B.– Silencio.

A.– Ahora no toca.

B.– La situación de B era en ese momento de lo más comprometida. Si hablaba, corría el riesgo de pensar en voz alta lo primero que le viniera, como… y, si callaba, sabía perfectamente que A no iba a parar hasta que B se acercara a su historia, con sutileza pero con acierto; un acierto que, al mismo tiempo, no debía resultar en ningún momento doloroso.

A.– Vengo a pedirle ayuda. Quiero saber dónde está mi hijo.

B.– Dijo y nada más decirlo se produjo un breve silencio. Definitivamente se trataba de la visita más surrealista que había recibido en su vida.

A.– ¿No es surrealista hablar con usted?

B.– A decir verdad, B no sabía muy bien qué contestarle. Era innegable que su propia manera de hablar no era a priori un modo convencional de comunicarse. Aun así, en la vida le había sucedido…

A.– Mire, necesito ayuda.

B.– Dijo A de modo decidido, con lo que pareció que B no iba a tener mucha opción. En realidad no se trataba de que no quisiese ayudarla. De hecho parecía un punto de partida que incluso le podría llegar a dar material para escribir. Pero había algo de todo esto…

A.– No se preocupe, por favor. Déjeme que le cuente.

B.– B hizo un gesto de asentimiento.

A.– Verá. Lo que sucede no tiene que ver con el nombre de mi hijo, sino con su vida en general; incluso le diría que sobre buena parte de la mía, al menos de todo lo que tiene que ver con él.

B.– Silencio. B quedó esperando una explicación.

A.– Soy una mujer soltera, como lo oye. Cuando Abel tenía 13 años, estuvo ingresado y…

B.– Las palabras parecían entorpecerse la una a la otra en la cabeza de A. Daba la sensa-

ción de que A quería ir al grano y que en realidad todo lo que estaba haciendo era una presentación de cortesía.

A.– Verá, yo quiero saber dónde está…

B.– Pero por otra parte, lo que A a veces parecía no entender era que B necesitaba algún tipo de explicación antes de ir al grano. La anécdota era lo suficientemente rutinaria como para…

A.– De acuerdo. Mi hijo tenía 13 años cuando yo leí su primera novela. Siempre he sido una gran lectora, aunque he de reconocer que por aquella época apenas leía: por un lado, porque no tenía tiempo y, por otro, porque cuando lo tenía, libro que caía en mis manos recomendado por absolutamente todo el mundo, libro que resultaba ser un desastre. Era siempre así.

B.– El elogio a la obra de la interlocutora era fundamental en la estrategia…

A.– Siempre. Siempre. Sin el acierto de leer nada interesante que no me hubiera leído y sin tiempo. Sin tiempo para encontrar los libros adecuados. Sin tiempo para estar con mi hijo, que, como he dicho, tenía trece años, una edad complicada. Y más complicada fue.

B.– Desde luego A tenía un talento especial para generar suspense.

A.– Pues bien, la historia empieza aquí. Mi hijo estuvo ingresado. Una complicación estomacal. Al principio una tontería, pero después se tuvo que quedar ahí más de una semana. Así que decidí hablar con mis compañeros y ellos se encargaron de cubrirme los turnos y de estar todo lo pendientes que pudieran del chaval. Y el primer día fue precisamente una compañera la que me dejó la primera de Ana Pi y me dejó fascinada. Te dejo si quieres que te regodees.

B.– A esto un simple gracias no parecía bastar, más bien había que buscar la manera de mostrar agradecimiento sin que eso camuflara demasiado el verdadero interés…

A.– Con las gracias me valía. Ana Pi. El personaje era genial, bebía de los inspectores a la antigua usanza pero tenía un toque más contemporáneo, más de ahora, quiero decir. No sé…Su carácter, su físico, sus manías, que no eran tanto las típicas manías rocambolescas de cualquier estrambótico detective, sino unas manías suyas…y de todo el mundo, ¿no? Bueno, aparte del personaje, estaba la trama. La historia de aquella familia que se había puesto de acuerdo para matarse entre sí, todo con el objetivo de enviar a la cárcel a aquella otra que había provocado la muerte del padre… Era fascinante. Pero sin duda…

B.– Pausa contenida desde la forma, pues era evidente que la respuesta…

A.– Sí, el hijo. Abel me cautivó desde el primer momento. Se daba además la casualidad de que el libro empezaba con la misma edad que tenía el mío, mi Abel. Pero ya no era sólo eso, sino las circunstancias. Le vino el pavo de repente, sin avisar, y lo mismo estaba histérico, que vago todo el día y sobre todo de mala leche. Sí, esa

era su principal cualidad. La mala leche. Y no era una mala leche que consistiera solamente en arremeter contra el mundo, sino en criticarse a sí mismo, sin hacer nada por remediarlo, como si sólo de su propio martirio dependiera el futuro de la nación, la nación que él se había construido.

B.– A medida que hacía la descripción, B se estaba dando cuenta de que…

A.– Sí, igual, como lo oye, exactamente igual que en su libro. Pero las similitudes no se notaban sólo en la manera de vivir de Abel, sino en su relación conmigo. Yo no sabía cómo tratarle, porque no le entendía. No tenía tiempo para ver qué le pasaba y leyendo "Ana Pi" me daba cuenta de lo que le pasaba a Abel e incluso adivinaba lo que ella todavía no tenía resuelto. Durante este tiempo me he sentido como una compañera de esa envidiable detective; no le ayudaba a resolver casos pero siempre pensaba que, si ella me dejara, la podría ayudar a resolver su vida. Pero a la vez que detectaba sus problemas, detectaba los míos, y al mismo tiempo que me exponía a mí misma de qué manera se tenía que haber comportado Ana con su hijo, o qué le iba a pasar a Abel, yo al mío lo sentía cada vez más lejos, más perdido, y con la seguridad, además, de saber que le estaba perdiendo y que no iba a poder remediarlo.

B.– La historia de A parecía tener su sentido. De hecho, lo tenía, tanto como el libro escrito por B. Sin embargo B no veía tantas similitudes debido a que apenas…

A.– No se preocupe. Procuraré decírselas para que me crea. Abel nació hace dieciocho años coincidiendo con unos días en los que yo estaba de viaje.

B.– Ese año habría cientos de casos como…

A.– Mi madre nunca le quiso demasiado.

B.– Para una mujer que había tenido que callar los golpes de su marido, la llegada de un nuevo varón a la familia no era precisamente motivo de alegría. Bien es cierto que se había esforzado en vencer tal prejuicio, pero el simple hecho…

A.– Cuando Abel era un niño, se nos estropeó el coche y siempre discutíamos sobre si era mejor…

B.– Ir en tren o en autobús. A él siempre le habían gustado los trenes. Mientras los demás tenían cochecitos de juguete, él llevaba en bolsas sus trenes con sus vagones separados. En cambio en ella, la calma del tren hacía que su inquietud aumentara. Cuando viajaban juntos por Barcelona…

A.– Cuando íbamos a cualquier sitio, nos teníamos que turnar. Para que no surgiera ningún conflicto, todas las decisiones las tomábamos a medias. Pero más tarde…

B.– Más tarde el trabajo de ella fue a más y cada vez se veían menos. Era por eso que al pasar más tiempo entre excursión y excursión él aprovechaba para recordarle a su madre que la última vez habían hecho lo que ella quería a lo que ella contestaba echándole en cara que eso no era más que una estrategia para hacer siempre lo que

le diera la gana. El día que A dejó de ceder…

A.– Ya está bien, déjeme contarlo a mí. Quince años. Yo me negué a…

B.– A lo que B llamaba "negarse" era en realidad querer hacer algo cuando el hijo tenía otros planes ajenos a esa figura a la que él siempre había estado tan pegado.

A.– Quería disfrutar del tiempo que tenía con él.

B.– Y él le respondió que si en los últimos años de su infancia ella no había estado, ahora no podía ser ella la que impusiera de nuevo el cambio.

A.– Ya se sabe la historia de memoria.

B.– Lo primero que a B se le ocurría era negar rotundamente lo que acababa de afirmar A. Era evidente que la inercia de lo que le estaban contando llevaba a B a seguir, de alguna manera, un guion preconcebido. Una historia que…

A.– Piense que yo nunca he pensado mal de usted.

B.– B no entendía por qué iba a tener que pensar mal…

A.– Piénselo, una historia como la mía. Que coincide con todos y cada uno de los datos que usted escribe. Parece muy casual que alguien se invente, sin proponérselo, exactamente lo que otra persona ha vivido, incluso lo que está viviendo en ese preciso instante, y más dándose las circunstancias que se dan. Usted vive donde yo viví durante mucho tiempo y necesitaba escribir sobre algo. De modo que yo fui lo primero que pasó por su vida. Alguien además a quien no había visto en persona. Eso le permitiría por una parte tener material sobre el cual escribir y por otro permitirse el lujo de poder inventarse algo, si se diera el caso, para tener más libertad sobre aquello en lo que supuestamente se estaba basando. Pero lo cierto es que sea cual sea el

B.– Entendía sin embargo que fuera jugoso tratar de conocer la próxima… Intentaba refrenar sus propios pensamientos para generar nuevos, abrir su mente, cambiar sus opiniones. Estaba claro que la historia había sido escrita, creada originalmente, por ella, que nadie más había inventado ni vivido esas experiencias, dado que aquellas novelas estaban basadas en buena medida en su propia vida… Era consciente de los ataques que aquella visitante lanzaba consistentes en la posibilidad de que B se hubiera basado en la vida de A para escribir la novela. Aunque no los oyera con nitidez los intuía a la perfección. Una profunda rabia la recorría entera cuando veía que una historia suya, personal, estaba siendo tildada de copia ilegítima de otra original. Y en-

origen de todo esto, ya me ha quedado claro que usted conoce mi historia mejor que yo misma. Y ahora mismo yo necesito conocerla. ¿Cómo?

tonces es cuando se fue inclinando más por la posibilidad de que todo fuera una mera estrategia para conseguir resolver el final. Sí, eso era. Una ruin estrategia comercial para conseguir…

B.– …una de estas dos cosas: difundir el final o sacar un buen filón a partir del archiconocido carácter marcado de la escritora.

A.– ¿Qué dice? Por favor, hagamos una cosa…

B.– A decidió cambiar su estrategia para volver a aparentar que todo lo hacía por ella…

A.– Basta ya de explicaciones, por favor, y de hipótesis.

B.– A B le hacía gracia, a la par que le desesperaba, que ahora…

A.– Ya está bien. Sí, sé que he sido la primera en dudar de usted. Pero me gustaría que comprendiera mi situación.

B.– B hacía todos los esfuerzos del mundo para…

A.– ¡Hágalos! ¡Hágalos de verdad! ¡Cállese! ¡Cállese!

B.– De nuevo la sorprendía con un tono…

A.– Sí, ya lo sé. Ya sé que es su casa. Lo sé, lo sé de sobra. ¡Pero cállese! ¡Es mi hijo! ¡Dígame dónde está mi hijo!

B.– Lo cierto era que la afectación de A guardaba una naturalidad tal que todo apuntaba a que hablaba sinceramente y B ya reaccionaba constantemente de maneras encontradas, cambiando de dirección, queriendo tomar todas las decisiones posibles pero sin atinar a… Podía ser que estuviera loca, que todas las analogías que ella encontraba fueran ciertas, se podrían dar incluso ambos casos. Pero podía ser que todo fuera mentira y…

A.– ¡Usted sabe…!

B.– Lo que B sabía con certeza era que A no sólo le pedía que le dijera el final de la que probablemente fuera su última novela, sino que le diera a su hijo, a su propio hijo…

A.– ¿No se da cuenta de que es el mío?

B.– Abel era lo único que le quedaba a aquella madre, lo único.

A.– Usted ha tomado una decisión.

B.– Era terrorífico que lo único que le quedara a B, una recreación de lo que un día fue suyo…

A.– ¡Y mío!

B.– Le viniera a ser arrebatado.

A.– Usted ha decidido matarlo.

B.– No alcanzaba a entender cómo la locura y la crueldad se podían llegar a juntar, o a confundir, de una manera tan escalofriante.

A.– Usted acabó concluyendo…

B.– El sargento se presentó en su casa y, despojado de su habitual socarronería, dijo:

A.– Abel ha muerto. Usted decidió acabar así.

B.– Abel ha muerto. Recordar esas palabras no como ficción, sino como pura realidad, era sin duda el peor castigo para una madre que…

A.– Ya sé que duele. Créame, lo sé. Pero yo no puedo soportar el hecho de que mi hijo no esté en casa y, sabiendo que usted ha seguido toda su evolución, toda, como si la conociera desde el principio…

B.– Aquella escritora veía que ya no ejercía como tal. Que le era imposible. Le habían quitado la escritura aunque fuera como terapia para…

A.– Precisamente por eso debería usted entenderme mejor que nadie. Usted sobrevivió a la muerte de su hijo.

B.– Sobrevivir era un verbo demasiado cruel para alguien al que le estaban haciendo recordar la realidad tal y como…

A.– Vivió en sus propias carnes la enfermedad. Fue a la misma edad cuando ingresaron durante un tiempo a su hijo y al mío.

B.– Sólo quería que se fuera, que la dejara en paz…

A.– Imposible. La descubrí gracias a una espera en un hospital. Usted vivió esa espera, la que hizo que naciera la detective Ana Pi. Después usted hizo que ella a su vez viviera su misma espera.

B.– A veces es inevitable contarlo todo desde la distancia.

A.– Dice que quiere distanciarse pero en realidad no puede. Conserva sus colillas.

B.– A se equivocaba.

A.– Estuvo contándole a su hijo, todo lo que iba sucediendo en sus novelas, paso a paso. La única manera de que él viviera era tener algo que contarle.

B.– No es justo que escuches esto.

A.– Y guardaba las colillas.

B.– A mentía.

A.– No miento. No se atreva a decir que miento. Usted misma lo ha demostrado antes.

B.– A no se había dado cuenta de que la descripción del cenicero, había sido la del cenicero de Ana Pi y que como tal era cierta. Sin embargo no parecía entender que B, al contrario que la detective, sí que fumaba.

A.– Sí que lo sé. Perfectamente. ¿Por qué no habría de saberlo?

B.– Silencio.
A.– ¿Se cree que no la conozco?
B.– No puede ser cierto. Por primera vez, B se había dado cuenta… No puedo.
A.– Siga. Lo necesito.
B.– Silencio. Silencio.
A.– ¡Siga! ¿B se había dado cuenta…?

B.– B necesitaba respirar hondo, por un instante, para poder pasar uno de los momentos más duros de su…
A.– ¡Siga!
B.– B… se había dado cuenta, por primera vez, de que algunas de las costumbres de A no derivaban ya de Ana Pi, sino directamente de B.
A.– Necesito que me diga qué le ha pasado a mi hijo.
B.– Silencio. Lo siento, Abel.
A.– Dígamelo.

B.– Lo siento. Se dirige a A. Empecé a escribir Ana Pi cuando tuve la necesidad…
A.– De comunicarme con mi hijo. De sentirle cerca otra vez. Creé a Abel como alguien fiel a lo que había sido y sentí en ese proceso que él, él mismo, me ayudaba. De ese modo, entre los dos acordamos que una guionista se convirtiera en detective y…
B.– …y que una muerte por sobredosis fuera finalmente sustituida por una muerte por accidente de tráfico, sin que ninguno de los dos sufriera antes. De ese modo todos los años que ambos sufrimos quedarían reducidos a esa búsqueda y así el dolor que provocó que escribiera una saga entera quedaría plasmado únicamente en la entrega final.

A.– Silencio. B.– Silencio

A.– A quedó de pronto sin saber cómo reaccionar, como si todos los pasos que hubiese dado a lo largo de su conversación con B no hubieran servido para nada, o, peor aún, como si hubieran servido para darse cuenta de… Silencio. Sintió que una muerte por accidente de tráfico habría sido el mejor final. Sin embargo… Silencio. A no era capaz de continuar con la narración y quizás… buscaba el apoyo de B. Silencio.
B.– Y sin embargo…
A.– Continuó tratando de ayudar a A…
B.– Una muerte por accidente de tráfico no habría mostrado la preocupación de la madre por querer estar siempre con su hijo.
A.– B se detuvo. A aguardaba mientras tanto a que hiciera el último esfuerzo.

B.– La preocupación de una madre capaz de empatizar con otra madre, desconocida para ella… y todo por la preocupación de que su hijo no se sintiera solo.

A.– A agradeció las palabras de B al tiempo que vio cómo se iba acercando al teléfono. A entendió que iba a llamar a la policía, pero B no se atrevía. A trató de mostrarle a B que no tenía por qué demorar más la llamada y entonces, justo antes de marcar, dijo.

B.– Escribirás tu novela, ya lo verás.

Encuentro en Montparnasse

Félix Gómez–Urda

Personajes:

Jon

Leire

Camarero

1.

(Un café en el barrio de Montparnasse. Mesas ocupadas por clientes. Paredes con estanterías llenas de libros. Por todos lados carteles de cine y objetos relacionados con películas. Es de noche en París.
Jon, un hombre cercano a los cincuenta años, está sentado en un diván leyendo un ejemplar de Liberation. El periódico tapa su rostro. Sobre la mesa una taza de café.
Leire , una mujer de cuarenta años, entra cargada con bolsas de tiendas de ropa de marca. Se acerca, deja las bolsas a un lado y se sienta en el diván, junto a Jon.
Jon, aparta un momento la vista del periódico, cruza su mirada con la de Leire y vuelve a mirar la prensa.)

Leire .– Bonsoir.
Jon.– Bonsoir.

(Pausa.)

Leire .– Désolé pour le retard.
Jon.– Ce n´est pas grave.
Leire .– Comment vas–tu?
Jon.– Habla castellano. Leire. Sé discreta.
Leire .– Te has dejado la barba.
Jon.– Sí.
Leire .– Estás muy cambiado. Has adelgazado. ¿Te encuentras bien?
Jon.– *(Sin apartar la vista del periódico.)* Sí.
Leire .– Pareces más joven.
Jon.– Puede.
Leire .– Tenía muchas ganas de verte.

(Jon pasa rápidamente las páginas del periódico.)

2.

(Leire se quita el abrigo mientras mira a su alrededor.)

Leire .– ¿Estamos seguros aquí?
Jon.– ¿Has hecho lo que te dije?
Leire .– Sí. Subí en bus a Lapurdi.

Jon.– ¿Alquilaste allí un coche?
Leire .– En San Juan de Luz. Lo dejé en Burdeos. Después he cogido el tren hasta París.
Jon.– Te habrán seguido.
Leire .– Cambié varias veces de línea en el metro.
Jon.– Te han seguido.
Leire .– Nadie sabe donde se iba a producir el encuentro. He cumplido tus indicaciones al pie de la letra.
Jon.– Te han marcado.
Leire .– He ido de tiendas por París.
Jon.– Te habrá seguido algún perro desde España.
Leire .– Te he comprado esto.

(Leire le da una bolsa roja. Jon mira el contenido: una camisa y una gorra. Jon mira las dos prendas y las guarda de nuevo en la bolsa. Entra el Camarero.)

Camarero.– Bonsoir, et pour madame, qu´est ce que ce sera?
Leire .– Café au lait, s´il vous plaít. Merci.

(Jon pone la bolsa con la camisa al lado de sus piernas.)

Jon.– Gracias. Solo puedo estar aquí unos minutos.
Leire .– ¿Te encuentras bien? Me preocupa tu salud.
Jon.– No tienes por qué. Estoy bien.

(Leire saca unos papeles de una bolsa y los deja sobre la mesita. Jon los mira. Silencio.)

3.

(Leire quiere tocar la mano de Jon. Él se muestra esquivo.)

Leire .– Ama ya está en casa.
Jon.– ¿Cómo está?
Leire .– Los primeros días han sido muy duros. Ahora ya está mejor.

(Pausa.)

Jon.– Me alegro.
Leire .– Esta vez ha estado a punto....

Jon.– Cuídala.

Leire .– Lo hago. Amatxu tiene el corazón muy débil, lleva mucho sufrimiento en sus espaldas. El mes que viene cumple ochenta años, el día veintiuno ¿Te acordabas?

Jon.– ¿Ella sabe que estás aquí conmigo?

Leire .– ¡No confías en mí!

Jon.– Tranquila. Pausa.

Leire .– Te he dicho que nadie sabe nada.

Jon.– Cuídala.

(Pausa.)

Jon.– ¿Os han molestado?

Leire .– Lo de siempre.

Jon.– ¿Vigilan la casa?.

Leire .– ¿Quiénes? ¿Los unos o los otros?

(Pausa.)

Jon.– No quiero que la ama sufra por mí.

Leire .– Pausa. Ama no sabe nada. He sido yo la que he hablado con el mediador. Ione ha estado conmigo en las conversaciones. No ha sido un interrogatorio. Es un acuerdo.

Jon.– Ya.

(Leire le da los papeles que había dejado sobre la mesa. El Camarero entra con el café y lo deja sobre la mesa, junto con la factura. Leire pone azúcar en la taza y se prepara para tomar el café. Jon no quiere mirar los papeles y los vuelve a dejar sobre la mesa.)

4.

(Leire bebe café. Respira.)

Leire .– Jon, está todo arreglado.

Jon.– ¿Todo?

Leire .– Te esperan.

Jon.– ¿Cuándo?

Leire .– La semana próxima.

Jon.– ¿Dónde?

Leire .– En Madrid.
Jon.– El lugar.
Leire .– El contacto se producirá en el aeropuerto de Barajas.
Jon.– Cómo llego.
Leire .– Eso lo decides tú. Hay una visa para que accedas libremente a la zona de tránsito. Allí te estarán esperando.
Jon.– ¿Quién?
Leire .– Estará Ione, claro. Luego no lo sé. Supongo que alguien del gobierno vasco y del español.
Jon.– ¿Dime quién irá?
Leire .– No lo sé. El tipo con el que hemos hablado me dio eso para tí. También están las instrucciones de Ione y su informe.
Leire señala los papeles.
Jon.– Dime tú los detalles. Para eso has venido.
Leire .– *(Irritada.)* No tengo más detalles.
Jon.– Haz un resumen.
Leire .– Hemos conseguido casi todo lo que pedíamos. Lo que yo sé es lo que pone ahí. Léelo, por favor.
Jon.– Casi todo...
Leire .– Te entregarás con las máximas garantías...
Jon.– Me entregaré...
Leire .– ...Judiciales...lee...
Leire señala los papeles.
Jon.– Me entregaré... *(Pausa.)* Buenas noches, Leire.

5.

(Jon dobla el periódico, hace ademán de levantarse. Leire se levanta y se coloca frente a él. El diálogo se produce de pie.)

Leire .– Espera. Ni siquiera has leído lo que pone.
Jon.– No pensarás que voy a creerles. No se molestan ni en cuidar el lenguaje: te entregarás...bonita manera de llegar a un acuerdo.
Leire .– No te vayas. Claro que es un acuerdo. Han tenido en cuenta la mayor parte de las condiciones que pedías.
Jon.– La mayor parte...
Leire .– No tienes nada que temer.
Jon.– Tienes mala memoria.

Leire .– Aceptan el tercer grado.
Jon.– Mala memoria. Mal principio.
Leire .– No confías en Ione.
Jon.– Mal final.
Leire .– Espera
Jon.– No me hagas una escenita aquí.
Leire .– ¿Tampoco confías en mí?
Jon.– Nada que temer...
Leire .– Ha sido un proceso muy ingrato para que me trates así. Por favor, sé razonable. Estábamos de acuerdo por una vez. ¿Qué te pasa?
Jon.– He estado pensando mucho esta noche.

(Leire se abraza a Jon.
Silencio.)

6.

(Leire y Jon se sientan de nuevo.)

Leire .– Jon, piensa en el futuro.
Jon.– ¿Qué futuro?
Leire .– Allí ahora se respira de otra manera. Hay carta blanca para que vuelvan los refugiados. Hay personas dispuestas a dialogar.
Jon.– ¿Dialogar?
Leire .– Sin violencia.
Jon.– Sin violencia...

(Pausa.)

Leire .– Sí, Jon. Sin violencia. Las cosas están cambiando...
Jon.– Violencia es lo único que oigo en estos días. Personas que se prenden fuego, desahuciados, parados, emigrantes, suicidas...
Leire .– Ya, hay muchos problemas. Pero también hay gente que lucha para evitarlo. Es una nueva época.
Jon.– La época de la dictadura del dinero, del crimen organizado. Los mercados imponiendo su política a los gobiernos, como siempre...
Leire .– Hay cambios reales.
Jon.– Para que todo siga igual. El mismo orden social, la misma idea de justicia. La des-

igualdad como ideología.

Leire .– Por eso son necesarias tus ideas.

Jon.– ¿Mis ideas? La oligarquía fascista ha refinado mucho sus instrumentos para aniquilar mis ideas.

Leire .– La gente se rebela en la calle.

Jon.– Le llamas rebelión a desahogarse. Ahora un chaval que tira una piedra en una manifestación es un terrorista y le acusan de intentar dar un golpe de estado.

Leire .– Hay muchas cosas que cambiar.

Jon.– La gente...Se ejerce la violencia más brutal contra la gente. Y la gente no solo no se rebela contra lo que la encadena, sino que lo reclama con todas sus fuerzas. Se aferran a la nada y mueren como chinches por no poder pagar. Pequeños burgueses asfixiados mientras recogen las migajas.

Leire .– No. Los jóvenes se han dado cuenta del engaño.

Jon.– Los jóvenes quieren su trozo de la tarta, lo que por otra parte es normal. Aprenden a tratarse como seres humanos, mientras a ellos los tratan como a objetos. ¿Tú quieres que sea cómplice de esta perversión?

Leire .– Hay una mayoría activa.

Jon.– Otra vez...la mayoría...

Leire .– La mayoría del país.

Jon.– …masoquista, que anhela pagar hipotecas para enriquecer a un tipo sin escrúpulos que juega con su dinero en cualquier parte del mundo. Toda esa gente satisfecha de sí misma. ¿Cómo cambiar eso? Es peor que hace medio siglo. Al menos entonces había un horizonte.

Leire .– Regula tu situación y lucha. Da la cara. Tienes que intentar entender la situación.

Jon.– No me toques los cojones...

Leire .– Perdona...

(Pausa.)

Jon.– Se ve a una niña con coletas, tumbada en el suelo, escribiendo la carta a los Reyes Magos. A su derecha, a unos metros de ella, hay un osito de peluche que la mira. La niña escribe en una hoja de papel: Queridos Reyes Magos: este año pido que me traigáis dinamita, granadas de mano, cordón detonante... lo vi en un periódico español, un chiste gráfico....

Leire .– No, Jon, no quiero oírte decir eso. ¿Sigues yendo armado?

(Silencio.)

Jon.– Se hace tarde, Leire. Me tengo que ir.
Leire .– No, espera. Quiero darte algo.
Jon.– Date prisa.

(Leire abre su bolso y saca unas fotografías. Jon bebe café. Leire le pasa unas fotos a Jon.)

7.

(Jon mira las fotografías que le ha dado Leire.)

Leire .– Amatxu revivirá si vuelves.

(Pausa.)

Jon.– ¿Qué le has contado?
Leire .– Nada, ya te lo he dicho.
Jon.– ¿Y tú?
Leire .– Yo…
Jon.– Tú.
Leire .– Yo siempre te he querido. Eres mi hermano mayor. El único que tengo.

(Silencio.)

Jon.– ¿Has olvidado a Mikel? Mikel también era tu hermano.
Leire .– Cómo iba a olvidarle? *(Pausa.)* Yo... he perdonado.
Jon.– ¿Qué le has dicho a Ama?
Leire .– Qué estás vivo, que estás bien.
Jon.– ¿Nada más?
Leire .– Nada más.
Jon.– No quiero que Ama sepa nada, nunca ¿me entiendes?
Leire .– Ya no queda nadie de aquello...
Jon.– Con el tiempo me he acostumbrado a mantener los secretos en mi interior, lo que siento de verdad, lo que verdaderamente siento. He aprendido a mantener en secreto mi pensamiento, mi auténtico pensamiento.
Leire .– Quiero tenerte cerca.
Jon.– No quiero volver a la cárcel.

Leire .– Vas a tener régimen abierto.
Jon.– ¿Cuántos años?
Leire .– Cuatro, o menos, si hay una amnistía.
Jon.– ¿Amnistía?
Leire .– Es una posibilidad. Los delitos prescribirán. Tendrás un juicio justo. Tendrás permisos.
Jon.– No quiero volver...
Leire .– Ahora va a ser distinto.
Jon.– ...a los paseos por el patio...a la mirada llena de odio del carcelero…
Leire .– Podrás venir a casa. Conmigo y con la ama.
Jon.– ¿A casa?
Leire .– Hasta que encuentres tu lugar.

(Silencio. Leire está a punto de llorar pero se recompone.)

8.

Leire .– El día que te fuiste fue una fiesta…
Jon.– De eso hace mucho tiempo.
Leire .– …y también el día más triste de mi vida.
Jon.– Bueno, ahora estamos aquí.
Leire .– Me acuerdo como si fuera hoy.
Jon.– Han pasado mil vidas desde entonces.
Leire .– Parecía una película.
Jon.– Pura literatura.
Leire .– Pero fue real.

(Pausa.)

Jon.– ¿Cuánto dinero piden?
Leire .– Olvida eso ahora, es solo dinero.
Jon.– ¿Cuánto?
Leire .– Medio millón.
Jon.– Solamente…
Leire .– Es solo dinero. Lo pediremos. Nos ayudarán, no te preocupes.
Jon.– Medio millón.. ¿Ese es el precio por tanto sacrificio?
Leire .– No te atormentes.

(Silencio.)

Jon.– ¿Has olvidado a Mikel?
Leire .– Déjalo. No quiero pensar en eso.
Jon.– Mikel también era un gudari.

(Silencio.)

Leire .– Jon...¿Sigues yendo armado?

(Silencio.)

Jon.– ¿Qué dicen los otros refugiados?
Leire .– No te preocupes por ellos. Todos actúan de manera voluntaria. Sus familias les apoyan.
Jon.– No somos dueños de nuestros recuerdos. Las imágenes siempre vuelven. Una y otra vez.
Leire .– ¡Quieres dejar de vivir en el pasado y pensar por una puta vez en ti y en tu familia!
Jon.– ¡Llevo toda mi vida recordando!, ¡quieres que lo olvide todo esta noche!
Leire .– Lo que te pasa es que no tienes huevos para enfrentarte a la realidad.

(Jon y Leire se miran crispados. Silencio.)

9.

Leire .– Perdóname. No quería decir eso. Pausa. He leído tu novela.
Jon.– ¿Y?
Leire .– Me ha gustado.
Jon.– La van a presentar pronto.
Leire .– Sí, lo sé.
Jon.– Es una forma de respirar.
Leire .– Cómo me gustaría que fueras tú quien la presentase.

(Silencio. Leire bebé café. Tiembla.)

Jon.– ¿Qué se sabe de los demás huidos?
Leire .– Muchos están volviendo a casa.

Jon.– Frustrados, enfermos. Un ejército de personajes de ficción. Ahora quieren acabar con nosotros definitivamente.

Leire .– No te deprimas. Yo estaré contigo.

Jon.– No puedo borrar los recuerdos. Me gustaría dejar mi cerebro en el balcón para que se ventilase...

(Silencio.)

Jon.– Los fantasmas se me aparecen cada noche.

Leire .– No te atormentes.

Jon.– No consigo dormir.

Leire .– ¿Duermes solo?

Jon.– En mi vigilia les pido perdón. Les perdono...

Leire .– Ha pasado mucho tiempo. Todavía eres joven, tienes mucha vida por delante. La prisión va a ser un mero trámite, unos meses nada más.

Jon.– Sí, unos meses...*(Entra en una especie de trance.)* Pero el ánimo de quien ha estado preso retorna siempre a prisión. En la calle se cruza con jueces, fiscales y abogados. Y los policías, aún sin reconocerlo, lo miran más que a cualquier otro, porque su paso no es sosegado, o bien porque su paso es en extremo sosegado... Joseba sabía lo que decía en esos versos.

Leire .– Jon, la libertad es posible. Piensa en eso.

Jon.– Esa idea está tan pegada a mi cuerpo como una camiseta mojada.

(Silencio. Jon baja la cabeza.)

Jon.– No tengo ganas de seguir huyendo. No quiero seguir con este silencio, con la angustia de mis pasos, escuchando el jadeo de mi respiración mientras camino…

10.

(Leire saca de su bolsa un sobre y se lo pasa a Jon. Jon no coge el sobre.)

Leire .– Aquí está tu visado. Solo tenemos que ir mañana a la embajada, sellarlo y solicitar tu vuelta.

Jon.– No quiero volver a estar encerrado. Ni un solo día.

Leire .– Vas a salir desde el primer día si demuestras que tienes trabajo...puedes dar clases.

Jon.– Clases de revolución...

Leire .– Darás tu visión.
Jon.– Mi visión es la mirada del huido. Escribo desde la ira...
Leire .– Es tu manera de liberarte.
Jon.– ...desde la rabia.
Leire .– Contribuirás a mejorar las cosas. Pero estarás en casa.
Jon.– Este mundo ya no hay quien lo cambie.
Leire .– Me desarmas.

(Silencio.)

Leire .– Muchas personas te aprecian. Te esperan.
Jon.– ¿Quién te ha dicho que me esperan?
Pausa. Leire piensa unos segundos.
Leire .– Recuerda los barcos varados en la arena. Y el olor a vino y a fritura de las tabernas.
Jon.– ¿Es eso lo que me espera si vuelvo a casa?.
Leire .– La honra del gudari, camisas nuevas y homenajes.
Jon.– Los mismos nombres y voces cada día.
Leire .– Las tiernas caricias de parientes y allegados.
Jon.– Resentimiento y vino tinto. Y hacerme viejo. Y morir cuando se borren las líneas de la mano. ¿Por qué volver?
Leire .– Por amor...
Jon.– Os recuerdo todos los días. Pausa. Leire…
Leire .– Habla, Jon. Di lo que sea.
Jon.– No puedo.

(Silencio.)

11.

(Leire comienza a llorar. Jon la mira inmóvil hasta que saca un pañuelo y seca sus ojos. Jon y Leire se miran durante unos segundos, hasta que Jon baja de nuevo la mirada.)

Leire .– Entonces, ¿qué tengo que hacer?
Jon.– Dí que no acepto.
Leire .– Mantendrán la orden de busca y captura. ¿Qué quieres?
Jon.– No lo sé.

(Pausa.)

Leire .– ¿Vivir escondido como un topo hasta que te cazen?
Jon.– Buscaré la forma de ser libre.
Leire .– ¿Cómo?
Jon.– Combatiendo la ignorancia. Aprendiendo a convivir con la memoria.
Silencio
Leire .– ¿Dónde vives ahora?
Jon.– Eso da igual.
Leire .– ¿Vives solo? ¿Estás con alguien? ¿Por eso no quieres volver?
Jon.– Cuanto menos sepas de mi vida mejor. Me has visto. Nos hemos abrazado.
Leire .– Te has enamorado de alguien. ¿Es eso? ¿Hay alguien de la organización contigo?
Jon.– Leire... Déjalo.
Leire .– Alguien que no puede volver y a quien no quieres abandonar.
Jon.– No quieras saber más.
Leire .– ¿Sigues yendo armado?
Silencio. Jon se inquieta.
Leire .– Jon, déjate llevar por tus sentimientos por una vez en tu vida.
Jon.– Los sentimientos son tan frágiles como las hojas de los árboles caducos.
Leire .– Hazlo por ti, por mí, por la ama...aquella es tu tierra.
Jon.– La tierra que yo soñaba...
Leire .– Te lo suplico. Vuelve. Lo deseas. Lo veo en tus ojos.
Jon.– ...no existe.
Leire .– Has dejado de quererme.
Jon.– El chantaje es mezquino.

12.–

Jon.– El tiempo se ha terminado. Tenemos que despedirnos.
Leire .– No. Espera un minuto.
Jon.– Los perros franceses ladran igual que los perros españoles.
Leire .– Ven a mi hotel. Podemos seguir hablando allí.
Jon.– Eso es imposible. Tengo que marcharme.
Leire .– Te irás al amanecer. Nadie te verá.
Jon.– Ya nos hemos arriesgado más de la cuenta.
Leire .– Jon, debo comunicar antes de veinticuatro horas la decisión que has tomado.

Jon.– Veinticuatro horas ¿Ese es todo el tiempo que tengo?
Leire .– Ten esperanza.
Jon.– Esperanza...
Leire .– Llámame. Voy a estar en París hasta mañana. No quiero irme sin saber que vuelves.
Jon.– No me esperes. Sabrás de mí cuando llegue el momento.

(Jon se levanta y se dispone a marcharse. Leire se levana, lo para y lo abraza sin dejarlo ir.)

Jon.– Adiós, Leire.
Leire .– En el fondo sabía que no aceptarías. He venido porque quería verte, pero mi corazón me hablaba de este final.
Jon.– Dale este abrazo a la ama. Dile que los barcos traerán buenas noticias quizás en primavera.
Leire .– Jon...
Jon.– Quédate aquí unos minutos. No intentes seguirme.

(Leire le retiene, coge la bolsa roja y se la da.)

Leire .– Tu regalo...

(Jon coge la bolsa, se pone el abrigo y el sombrero y se marcha. Leire se queda sentada.)

13.–

(Leire observa al hombre salir de la cafetería. Al cabo de unos segundos saca el teléfono móvil y marca un número.)

Leire .– Soy Leire Echevarría. Pausa. Acaba de salir. Pausa. Café de Pigalle. Lleva un sombrero de ala corta y una bolsa roja. Pausa. Oiga, no va armado, tengan cuidado, me lo prometieron.

(Leire cuelga. Bebe café. Le tiemblan las manos. Saca un billete y lo deja sobre la mesa. Suena "Rien de rien", cantado por Edith Piaf.

Leire se levanta, se pone el abrigo, coge las bolsas y sale.
OSCURO.)

El aleteo de mil mariposas

Juan Ríos

Personajes:
Diana
Julián

(Un pequeño apartamento. Salón y cocina se funden en un único espacio tan solo separado por una barra. En el lado de la cocina esta Julián frente al público. Al otro lado se encuentra Diana de espaldas a público.)

Julián.– Cebolla, berenjenas, pimientos... ¿Puerros? Sí, puerros. Tomates, queso, bechamel, ajo, aceite... ¡Mierda! Olvidé las bases de lasaña.

Diana.– Despistado y Marica.

Julián.– ¿Ahora qué? Un plato que lleve cebolla, berenjenas, pimientos, puerros, tomate, queso, bechamel, ajo y aceite es como una lasaña pero sin serlo. Tiene los ingredientes... Pero no tiene forma de lasaña. Espero que no te importe. Seguro que te das cuenta. Siempre podría hacer las bases yo. Total es harina. No creo que suponga mucho esfuerzo...

Diana.– Supondría un esfuerzo que te viera como algo más que una cocinera.

Julián.– Debería haberla comprado hecha. Aunque comprada no tiene tanta gracia. La gracia será que salga algo bueno de todo esto. En esta cocina no me ubico. No encuentro nada. Seguro que Diana ha puesto todo patas arriba para joderme. Yo tan solo quería hacer una lasaña.

Diana.– Es su plato favorito.

Julián.– ¿Huevos? La masa lleva huevos. Seguro que lleva huevos. La pasta es amarilla. En muchos envases de pasta pone que está hecha al huevo. De ser así, a la harina tendría que echarle huevos... Como a todo.

Diana.– Date prisa. No has puesto a calentar el horno. Todo lo tengo que hacer yo. ¿Por qué siempre acabo rodeada de maricas?

Julián.– ¿El horno? El horno a 180ºC. ¿De qué sirve tener el horno precalentando si aún no está hecho el sofrito? La masa. La base. Sin base lo único que puedo preparar es un delicioso revuelto de verduras. Un simple revuelto de verduras. Haga lo que haga me rodeo de mujeres que no saben cocinar. Mi madre no sabía cocinar. Cuando mi padre nos abandonó lo último que le dijo fue... El día que aprendas a freír un huevo harás muy feliz a un hombre. Ella fue a la cocina. Abrió la nevera. Cogió un par de huevos y se los estrelló a mi padre en la cara. Espero que te guste el revuelto.

Diana.– Los maricas siempre quieren más. Los maricas siempre tenéis un objetivo oculto. Un deseo no satisfecho. Una meta no alcanzada. Por eso hacéis todo lo que hacéis. Yo ni muerta pasaría toda la tarde metida en la cocina por un tío.

Julián.– Voy a cortar las cebollas. La cebolla es lo que primero se echa a la sartén. ¿Le echo un poco de ajo? A ti no te gusta el ajo, ¿no? Mejor no le echo ajo. Odio picar cebollas. Siempre me pongo a llorar.

Diana.– *(Enciende un cigarro.)* Los únicos que lloran son los maricas.

Julián.– No aguanto a las mujeres que se rodean de maricas. Odio a las mujeres que se comportan como maricas. No soporto que me llame marica. Es una tontería. Seguro que lo es. Odio la forma en la que expulsa el humo cada vez que fuma... ¿Quién se cree?

Diana.– Soy tan extravagante que me rodeo de maricas para eclipsar mis rarezas. ¿Y qué?

Julián.– La cebolla está prácticamente en su punto. Voy a picar las berenjenas. La pimienta. Aquí... aquí esta. Un toque de pimienta es lo que hace falta, ¿no? Solo un toque. No quiero que quede muy picante. No me gustaría verte estornudar. Cada vez que estornudas agachas un poco la cabeza como intentando esconderla entre tus hombros.

Diana.– Buscas esto. Los maricas solo se fijan en mariconadas. Sebas llegará con hambre. No le hará ascos a nada que este servido en un plato mientras se lo sirva yo.

Julián.– En casa de mi madre no usábamos mucho la cocina. Cuando mi padre se fue de casa se mudo al centro. Allí hay una gran cocina. Mi padre es un gran cocinero. Tengo que presentártelo. ¿Por qué has dejado que Ella se quedará aquí? No hay plantas que regar y tampoco tienes mascota. He dado en adopción a mi gato. Ya podrás venir a casa cuando quieras. Tú nunca decías nada pero yo notaba como se te ponía colorada la nariz y te salían ronchas rojas en el pecho cuando estabas cerca del señor Pelusas.

Diana.– (Enciende otro cigarro.) ¿Hay vino? Ahora voy a oler a fritanga. Se te va a pasar la cebolla. Juli baja el fuego.

Julián.– Vale, vale... Lo tengo todo controlado. Voy a cortar las verduras. Lo último que se echa al fuego es el... Tomate. ¡Borracha! Este cuchillo es una mierda. ¿No hay cuchillos de persona mayor en esta casa? En el fondo es entrañable que no tengas cuchillos grandes.

Diana.– (Bebe a morro de la botella de vino.) Siempre dices que voy vestida como una monja. ¡Que culpa tengo yo de ser una enamorada de otros tiempos! El problema es tuyo. Tuyo no, de los maricas. Los maricas quieren que todas las mujeres nos vistamos como zorras. ¿Dignidad? Se acaba de perder en tu escote bonita.

Julián.– Poco a poco. Tranquilamente. Es una cena informal. Una cena de amigos, ¿no? Ella también querrá cenar. Me gusta cuando estamos los tres. Me gusta cuando vemos películas los tres. Disfruto cuando ella se queda dormida... Me paso la noche en vela mirándote. Podría estar toda la vida mirando como duermes.

Diana.– ¿En la fiesta? ¿Recuerdas cuando le conocimos? Nada más verle dijiste... Seguro que es marica. Tú estabas igual que ahora, metido en la cocina. Serías la perfecta ama de casa. No te importa estar callada y siempre dispuesta. Eres el sueño de todo hombre. Lástima que me prefiera a mí. ¿Has traído este vino?

Julián.– (Le arrebata bruscamente la botella de vino.) El vino es para la cena. Cocinar para la gente que quiero es entretenido. Me siento útil. Casi nunca nadie quiere o nadie sabe. Yo hago lo que puedo. Quería hacer una lasaña pero no compré las bases. Soy un desastre. Sé que te encanta la lasaña pero no me lo vas a tener en cuenta, ¿verdad? Tú no te has follado a Diana. No te la has follado. ¿No? Seguro que no. A ti Diana no te gusta. Odias sus poses y sus moños altos a lo Brigitte Bardot.

Diana.– Te has convertido en una marica maníaco–depresiva. ¿Estás enamorado? ¿Quién es? Hace mucho que no follas. Se te nota. A los maricas se les nota. Si pasan mucho tiempo sin follar se les queda una cara de mustios.

Julián.– Es tan fácil encontrar hombres heterosexuales a los que les gusten las películas de Audrey Hepburn... Por eso acabas siempre rodeada de maricas. Vestida como una monja y a dos velas.

Diana.– A Sebas le gustan las películas de Audrey Hepburn.

Julián.– Voy cortar el pimiento y los puerros. ¡Qué bien huele! Seguro que tú no te acostarías con alguien una noche y luego no le llamarías. Desde que te conozco nunca te he visto con alguien. No estoy contigo las veinticuatro horas del día... Seguro que llamarías. Anoche me acosté con un tío. No conseguí correrme. No recuerdo su nombre. Se parecía a ti. Un poco. Bueno no mucho, no sé. Quizás era como tú pero más bajito. Me miraba como un pervertido mientras se masturbaba. Decía que me masturbará junto a él. Me pareció muy bizarro... Mi erección se fue a la mierda y no me corrí. Me puse a pensar en el color de tus ojos cuando le da el sol. No sabía que el marrón tenía tantas tonalidades hasta que me perdí en tu mirada.

Diana.– El señor pelusas ya no vive contigo. Lo que más me gustaba de ir a tu casa era encontrarme con el señor pelusas. Ahora ya no tengo excusa para pasar por tu casa. Siempre me puedo inventar una. Vivir en el centro es lo que tiene. Tu casa se convierte en un punto de encuentro. Puertas abiertas toda la semana. Lástima que tus piernas no puedan decir lo mismo.

Julián.– Solo piensas en eso ¿no? Pareces tonta. No follo. ¿Qué pasa? Hace mucho tiempo que no me siento bien con alguien en la cama. Sebas me hace sentir bien. Simplemente bien. Ni especial. Ni distinto. No es que sienta el aleteo de mil mariposas haciéndome cosquillas en el corazón...

Diana.– Patético. Estás perdidamente enamorado de un Chico heterosexual que es amable contigo. Juli no bebas. Se te sube a la cabeza muy rápido. Ridículo. Por otro lado eres muy divertido cuando estás borracho. Jamás se me olvidará como acabaste por los suelos en la fiesta en la que conocimos a Sebas. Se apiado de ti. Ahí fue cuando te enamoraste de él. Seguro. Es tan romántico que un hombre te coja en brazos cuando llevas la mayor borrachera de la historia.

Julián.– La primera vez que te vi no fue en esa fiesta. Que va. Llevabas un jersey naranja de cachemira con un gran agujero en el codo derecho. No podía parar de mirar aquel agujero. Tú estabas en la cola del cine. Creo que esperabas a alguien. O eso pienso. No parabas de mirar a todos lados. Ojalá me estuvieras esperando... No sé. Hubiera sido bonito que dos desconocidos hubieran cruzado miradas y hablarán de un jersey de cachemira agujereado. Te perdí de vista. Quizás entraste en el cine o no. Yo que sé. Ni tan siquiera sabías que existía. Ahí estaba yo siendo espectador de mi propia vida. Viendo como esta pasa de largo.

Diana.– Ahora das miedo. En serio. Sería mejor alejarte de cualquier objeto punzante. Necesitas una copa. Pillarte una buena borrachera. Salir y ligar con otro marica. Hazte un favor a ti mismo, asegúrate de que sabe lo que quiere o que por lo menos está dispuesto a follar contigo. A los maricas les encanta follar. Sobre todo si hay un húmedo final feliz. Ya sabes a lo que me refiero. ¿Coitus interreptus? Déjate de estupideces.

Julián.– Quizás por eso me siento bien contigo. Simplemente bien. Eres un hombre que no me quiere follar. Después de acostarme con alguien me siento despreciable. Sucio y desesperado busco tus brazos. Solo quiero que me acojas en tus brazos. Dormir acurrucados en ese sofá de muelles rotos o donde sea. El lugar es lo de menos, ¿no? Sin importar quiénes somos o quiénes seremos. Sin importar todo lo que pudo haber sido pero al final no fue. Sin importar nada. El revuelto está casi listo.

Diana.– Limpia todo esto. Yo también vivo aquí. No quiero recoger. El fairy estropea las uñas. Ayer me hice la manicura francesa. Tengo manos de prostituta de alto standing. Me encanta.

Julián.– Tú estás tan enamorada como yo. Desesperada. Di todo lo que quieras. Llámame marica, cursi o subnormal. Sí soy un subnormal que se tira toda la tarde en la cocina preparando el plato favorito de un gilipollas sin tener ni puta idea de cómo se hace. ¿Para qué? Una cena de amigos, ¿no? Algo informal. Quiero que te vayas. Antes de que llegue Sebas no te quiero ver en esta casa. Necesito un hombre que piense claramente cuando todo se desmorona justo en el límite. Ese límite donde ambos nos confundimos y somos uno.

Diana.– ¿Lo quieres todo para ti? Mira marica sin gracia te vas a calmar. Te tomas una tila o un tranquimazin. A Sebas le esperaremos los dos.

Julián.– El límite entre nosotros se ha dinamitado.

Diana.– ¿Amor imaginario?

Julián.– Amores imaginarios...

Diana.– Sebas no está enamorado de ti.

Julián.– Ni de ti.

Diana.– Conmigo ha follado.

Julián.– Eso no es amor.

Diana.– ¿Qué sabes del amor?

Julián.– El amor olvida. Si tu quisiste a alguien y ese alguien no te quiso... No culpes al amor, ¿no? Vivimos una feliz mentira. Una mentira que inventamos. Un amor de película. Casto y puro. ¿Por qué te inventas que follaste con Sebas? Con suspiros que se confunden con lágrimas y lágrimas que se convierten en sonrisas. Tardes que fueron noches. Noches que fueron días y fines de semana que duraron setenta y dos horas. No se más sobre el amor.

Diana.– No he inventado nada. ¿Recuerdas el día que fuimos al cine sin ti? Ese día me lo follé.

Julián.– Mentira. Ese día me llamó Sebas para ver si tomaba algo con él. Me comento que te encontrabas mal. Te fuiste a casa antes de que acabará la película. ¿No es así? ¡Qué más da! Somos amigos, ¿no?

Diana.– ¿Amigos? Somos gilipollas. Ni que fuéramos adolescentes. El sueño de cualquier bisexual se haría realidad en esta cocina. Un marica y su mejor amiga discutiendo por un tío enfrente de un revuelto de verduras.

Julián.– Nos hemos comportado como adolescentes. En el fondo el patio del colegio no está tan olvidado. ¿Todavía quieres al señor Pelusas?

Diana.– ¿Has abandonado a ese regordete?

Julián.– Para nada. Se lo he llevado a mi madre. Últimamente se siente sola.

Diana.– Quiérete un poquito a ti mismo. Vete y déjame a cenar a solas con Sebas.

Julián.– Yo no me voy. He estado aguantando tus tonterías. Merezco una recompensa. ¿De qué tipo? No lo sé. A lo mejor no sirve de nada que haya preparado un revuelto de verduras y una botella de vino... ¿vacía? Da igual. Seguramente sea una simple cena. Una cena ordinaria en la que comamos y no mediemos palabra o quizás no. A lo mejor saco valor y le digo lo que siento. O no le digo nada y sigo soñando con ese amor perfecto. Un amor creado a mi medida... Así la hostia que me daré será menos dura.

Diana.– ¿Quieres que me vaya por lo que pueda pasar? Mira no somos tan amigos. ¿Desde hace cuanto nos conocemos? No es mucho tiempo. No te debo nada. Sebas está como un tren. Vale, mentí cuando dije que me lo había tirado. Soy un poco estúpida. Un poco juguetona. Yo sabía lo que sentías por él. Lo sabe todo el mundo. Se te cae la baba, cariño no conoces la discreción.

Julián.– Soñaba con que mi amor clandestino se mantuviera en la sombra. El amor con antifaz... Así te he querido todo este tiempo. No sé. A lo mejor lo que siento por ti no es amor si no un capricho pasajero. El capricho de una niña tonta que descubre las mieles del amor. Mi primer amor imaginario.

Diana.– Pobre iluso mío. ¿Cenamos? Cogemos otra botella de vino. Reírse de uno mismo nunca ha sido más apropiado que en este momento. ¿Te apetece?

Julián.– Me gustaría sacar fuerzas de este amor que no controlo para poder reírme de lo estúpido que he sido. Sebas está al caer. Cenemos los tres juntos y ya puestos brindamos por los amores imaginarios.

(Oscuro.)

Bicarbonato de sodio y limón

Beatriz Velilla

Personajes:
Párroco
Chico
Obispo (ausente)

(Interior de un despacho parroquial. Paredes de piedra. Ventana acristalada con rejas en el exterior. Luz natural vespertina. De la pared cuelga un Cristo crucificado, y una réplica de Santa Ana con la Virgen y el Niño. Un joven dominicano está sentado limpiando la plata. La puerta está entreabierta. Irrumpe el Párroco resoplando.)

Párroco.– Por fin se ha marchado la última feligresa.
Chico.– ¿Ya la confesó, padre?
Párroco.– Sí. Ya, ya. *(Mirando la plata.)* ¿Cómo vas?
Chico.– Ya queda menos. *(Mojando un trapo con un líquido y puliendo la plata, que, una vez limpia, aparta a un pequeño banco de madera situado a su lado)*. ¡Cuánta gente vino hoy al confesionario, padre!
Párroco.– A recibir el sacramento, hijo, a recibir el perdón de Dios. (*Le revuelve el pelo*.) Es tiempo de pecadores, hijo…
Chico.– ¿Qué malo han hecho?

(El Párroco observa al Chico mientras se quita la vestimenta litúrgica.)

Párroco.– «Qué han hecho de mal». Se dice «qué han hecho de mal».
Chico.– ¿Qué han hecho de mal, padre?
Párroco.– Pecados capitales en su mayoría.

(De una cómoda se sirve un chupito, da un trago y se sienta al lado del Chico. Se desabotona el primer botón de la camisa, se remanga, se coloca un trapo sobre las rodillas y se pone también a limpiar la plata junto al Chico.)

Párroco.– Tiene que estar todo impecable para cuando llegue el señor obispo.
Chico.– ¿Cuándo viene el señor obispo, padre?
Párroco.– Mañana para el culto matinal, si Dios lo quiere.

(Pausa.)

Chico.– No me gusta.
Párroco.– ¿Qué no te gusta?
Chico.– No, nada. El… señor… obispo.
Párroco.– Gracias a él tienes tú una mesa en el centro de menores. Deberías estarle agradecido.
Chico.– Sí, y lo estoy. *(Pausa.)*… Usted siempre bebe cuando va a venir el señor obispo.
Párroco.– Si no está todo al gusto del señor obispo…

Chico.– Ya… No me dejará seguir en el centro. Me lo dice usted siempre que va a venir el señor obispo, Padre.
Párroco.– Veo que me escuchas cuando hablo.
Chico.– De todas formas, me tendré que ir.
Párroco.– ¿A dónde vas a ir si estás muerto de hambre, criatura? Sin oficio ni beneficio.
Chico.– Ya. Pero cuando cumpla la mayoría, me largarán seguro. Al Curro le pasó lo mismo el año pasado. Cumplir los dieciocho y tener que pirarse.
Párroco.– Sí. Pero él no ayudaba en la parroquia. Es diferente.
Chico.– Y al Pelas.
Párroco.– Al Pelas le echaron por robar.
Chico.– No, Padre. Que el Pelas no robaba. Fue una encerrona.
Párroco.– Una encerrona… ¡Siempre os estáis defendiendo unos a otros!
Chico.– Son mis amigos, Padre.
Párroco.– ¡Unos gandules es lo que son!

(Pausa.)

Chico.– ¡Qué mal huele esto!
Párroco.– Es lo mejor para la plata.
Chico.– ¿Le hará diácono, Padre?

(El Párroco se sorprende e incómoda ante la pregunta del Chico.)

Párroco.– ¡Qué cosas tienes!

(Pausa. El Chico se distrae con la imagen de Santa Ana, la Virgen y el Niño.)

Párroco.– La que pretende detener al niño es la Virgen María. La de atrás, es Santa Ana, su madre.
Chico.– O sea que es su abuela.
Párroco.– Sí, hijo, abuela de Jesús.
Chico.– ¿Usted tiene nietos, Padre?
Párroco.– Pero, ¡cómo quieres que tenga nietos, criatura! ¡Tienes cada cosa!
Chico.– No sé… *(Pausa.)* ¿Se acuerda de mi madre, Padre?
Párroco.– *(Cesa bruscamente de limpiar.)* ¡Cómo no me voy a acordar! Que en gloria la tenga el Señor. *(Da un trago y continúa limpiando.)*
Chico.– Ayer soñé con ella…
Párroco.– Tu madre era una mujer muy especial.

Chico.– A veces ya no me acuerdo de su cara, y cojo una foto que escondo debajo del colchón para verla…

Párroco.– La recuerdo viniendo aquí por primera vez contigo de la mano para pedir que te sacáramos adelante…

Chico.– Soñé que…

Párroco.– Chsss…

Chico.– Era muy bonita mi madre.

Párroco.– Calla…

Chico.– ¿A que sí, Padre, que era bonita mi madre?

Párroco.– *(Incómodo.)* Supongo…

Chico.– En el sueño yo estaba en mi país…

Párroco.– Una madre a veces hace cosas del todo inexplicables a los ojos de Dios…

Chico.– En el sueño yo estaba en mi país… Cerca del mar. Con mi madre y mi hermana Elaine…. Ya no me acuerdo del mar. Sólo de su olor. Estaba cerca del bote. Habíamos pescado….

Párroco.– *(Interrumpiéndole.)* El océano es otro gran misterio divino.

Chico.– He tenido el mismo sueño otras veces. Yo estoy con un pez coleando en la mano… Y mi madre me grita que lo tire, como si quisiera avisarme de algo,…, y viene corriendo hacia mí.

Párroco.– ¡Cállate!

Chico.– Como si hubiera algo venenoso dentro del pez…

Párroco.– ¡He dicho que te calles! ¡No quiero oír hablar de tu madre!

Chico.– Perdone, padre…

(Pausa.)

Párroco.– Bicarbonato de sodio y limón… ¡no hay nada mejor para limpiar la plata!

Chico.– Si usted lo dice, padre…

Párroco.– Mandaré mañana un coche a buscar al señor obispo a la estación. Y mientras, tú irás a traernos unas rosquillas y coñac.

Chico.– Lo que diga, Padre…

Párroco.– El señor obispo siempre toma carajillo para desayunar… Dice que eso ayuda a calentar el alma para la liturgia…

(Pausa.)

Chico.– *(Mirando la imagen de Santa Ana, La Virgen y el Niño.)* ¿Por qué no le deja María coger la oveja al Niño Jesús, Padre?

Párroco.– ¿Mmm…? *(Levantando la vista a la imagen.)* El cordero.
Chico.– El cordero. ¿Por qué le detiene, Padre?
Párroco.– El cordero es… simboliza… su pasión. La Pasión de Cristo.
Chico.– ¿La pasión?
Párroco.– Sí. Su via crucis. Su camino a la cruz. Las… dificultades.
Chico.– *(Para sí.)* Como mi madre en el sueño… que no quiere que toque el pez…

(El Párroco atolondradamente deja caer líquido limpia–platas en sus pantalones).

Párroco.– ¡Señor!

(El Chico se levanta apresuradamente.)

Chico.– ¡Le traeré agua!

(El Chico se acerca con una jarra de agua y un pañuelo. Al ir a limpiarle, el Párroco le coge la jarra con una mano y la posa en la mesa, mientras que con la otra le agarra al Chico del hombro agachándole hacia sí. Le coge la cara con las dos manos y le mira fijamente.)

Párroco.– Tienes los mismos ojos que tu madre.

(El Párroco, absorto, y con mirada lasciva, continúa agarrando al Chico.)

Chico.– ¡Suélteme Padre! ¡Me está haciendo daño!
Párroco.– Recuerda gracias a quién estás aquí.
Chico.– ¡Suélteme Padre! Me está asustando.
Párroco.– Los mismos ojos. Los mismos ojos…

(El Chico consigue soltarse y sale corriendo.)

Párroco.– ¿A dónde vas, infeliz? *(Mirando al banco con la plata.)* ¡Todavía te falta el cáliz!

(El Párroco se levanta torpemente y le increpa.)

Chico.– ¡Hijo! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí!... ¡Desgraciado! ¡Soberbio!... (Se deja caer en la butaca)… Como su madre… Igualito que la zorra de su madre.

teatro-mínimo

Real Escuela Superior 1831 de Arte Dramático

t nº dos

RESAD Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales